

La Ilustración Artística

AÑO XXXII

← BARCELONA 29 DE SEPTIEMBRE DE 1913 →

NÚM. 1.657

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA



RETRATO DE UNA DAMA HOLANDESA, pintado por Francisco Hals (1584-1666)

Este cuadro forma parte de la importante colección de obras de la escuela flamenca recientemente regalada por Mr. Max Michaelis a la ciudad del Cabo a fin de que sirva de base a la fundación de una Galería Nacional del Africa del Sur

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El pasado*, por Miguel Sarmiento. — *París. Un monumento a la Caridad.* — *San Petersburgo. Concurso militar de aviación.* — *El rey Constantino de Grecia en París.* — *La catástrofe de Grasse.* — *El Presidente de la República Francesa en Burdeos.* — *El profesor Hideo Noguchi.* — *La hija del Sr. Mahú* (novela). — *En Tetuán. Actos de adhesión al jefe.* — *Tarragona. El monumento a Saavedra.* — *Proyecto de monumento-asilo a la reina Doña María Cristina.* — *Negociaciones para la paz turco-búlgara en Constantinopla.*

Grabados. — *Retrato de una dama holandesa*, pintado por F. Hals. — Dibujo de Luisa Vidal, que ilustra *El pasado.* — *Un viejo montero*, cuadro de A. Parlade. — *Saturnales*, escultura de E. Biondi. — *Grandes maniobras militares en Alemania, Rusia y Francia.* — *La Bondad y la Caridad*, grupo en mármol de Moreau Vauthier. — *Notas de San Petersburgo, París, Grasse, Burdeos, Tetuán y Tarragona.* — *Psiquis*, cuadro de E. Weith. — *Artista pompeyano*, cuadro de Thuman. — *Hideo Noguchi.* — *Vista de Cádiz.* — *Monumento proyectado por T. de Anasagasti.* — *Los miembros de la misión búlgara que han negociado la paz en Constantinopla.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No me ha sorprendido que, al tratarse de prevenir o combatir la epidemia variolosa, hayan encontrado los inspectores y los médicos, según se dijo cuando tal sucedió, una oposición radical en los mismos que debieran aprovechar el beneficio.

A los que sufren viruela de ignorancia y de preocupaciones, la sola idea de la lanceta les horroriza. Prefieren todos los peligros del mal, a la precaución que ha de evitarlo. O por mejor decir, no creen que aquel lancetazo prevenga mal ninguno. Está incredulidad respecto a la ciencia nace de la ignorancia, estamos conformes; pero también de un recelo que es natural en la gente de baja, pobre y humilde condición, y que se engendra en sus almas al verse siempre engañados, burlados, despojados y tenidos en poco. ¿Qué será, piensan, la vacuna? ¿Acaso un impuesto disfrazado, a pesar de lo gratuito de la operación?

No sin fundamento, con motivo tal, se dijo que es vergonzoso, que es un estigma para una nación, que en ella la viruela exista aún. Cuéntase que, hace algunos años, en Francia todavía abundaban los casos de viruela, y se hicieron gestiones para averiguar mediante qué sistema la curaban en Alemania. Y se añade que la respuesta de Alemania fué desdeñosa: ellos no sabían cómo se atendía la viruela, porque ya en toda la Confederación germánica no se conocía nadie que la padeciese.

¡Pobres de nosotros! El que haya viruela en una nación, es para ella descrédito y deshonor. Porque, conocido el medio de prevenirla, el no emplearlo acusa tal abandono social, que descubre dos llagas igualmente bochornosas: el descuido e incapacidad del Estado, y la estupidéz y atraso de las clases bajas, que tiemblan ante una picadura. Y, sin embargo, estos mismos que la picadura alarma, son, en otros aspectos de la vida, valientes, y aun temerarios. Muchos que palidecen a la idea de un arañazo preservador, no temerán asistir a un varioloso, que puede contagiarlos, ni a otras mil cosas que ponen en riesgo su salud y su vida.

Yo, que no pecho de medrosa, a nada temí como a la viruela; claro es que me habían vacunado siendo niña; pero entonces casi se desconocía la revacunación, y hasta la idea era sospechosa. Y como se veían casos de personas a quienes la vacunación en la niñez no salvaba del mal, a cada uno de esos casos, que comprobaba, aumentaba mi miedo, especialmente, a causa de los ojos, pues había visto algunos ciegos, a consecuencia de la viruela. Y como casi todo lo que tememos sucede, pues nuestra misma pusilanimidad lo evoca, contraí la viruela en los primeros años de la juventud, por montar a caballo. No parece que exista ninguna relación entre estos dos hechos, y sin embargo la hubo. Yo acababa de dar un largo paseo ecuestre, y, fatigada y bañada en sudor, me detuve al pie de una encina. En frente había una cabaña, y en el umbral, un niño, con trazas de enfermo. Le pregunté qué tenía. Me contestó, en dialecto: «Las vejigas», y se me acercó, curioso: entonces vi que cubrían su cara innumerables pústulas. Volví a cabalgar precipitadamente, y salimos a galope. Al otro día, me acometió un largo desvanecimiento, y, a la otra semana, estaba en la cama, con viruelas, de las más benignas; pero que, así y todo, me pusieron los ojos en grave peligro. El contagio había sido fulminante, sin contacto alguno, sin duda por el aire, donde flotó algún germen, y mis poros, abiertos por el sudor del ejercicio, lo acogieron sin dificultad. Al menos, ésta fué la explicación de los doctores.

No basta la vacunación infantil: es preciso revacunarse, cada seis u ocho años, hasta cuando se han tenido las viruelas una vez; porque reinciden. — En las casas, el anuncio de la revacunación, para los servidores, suele ser alarmante. He notado que, excepto los ya revacunados en el servicio militar, todos se es-

camam y asustan. Alguno se resiste, como el diablo a que le chapucen en la benditera.

Y pensando en la repugnancia con que el pueblo mira la operación de la vacuna, claro es que lamentamos que la gente nutra estas preocupaciones, porque indican que estamos a medio civilizar, en varios aspectos, que no se reducen, por desgracia, a éste. Y la verdad es que la mayor parte del globo terráqueo, en punto a civilización, se encuentra balbuciendo las primeras palabras. Nos ilusionamos, porque somos europeos y creemos que la humanidad ha llegado a un período de desarrollo muy halagüeño y muy brillante. Es un error. Los civilizados — aun dando a esta palabra un sentido muy amplio, no restrictivo — son inmensa minoría.

Cuando se oye llamar caducas a las sociedades, más bien debiera proclamarse que estamos en los albores de la humanización del globo, que no sé si se realizará plenamente algún día, pero que hoy apenas comienza.

Problema interesante: para que esta humanización se realice, ¿es necesario que desaparezcan ciertas razas, indudablemente incapaces de progreso, como es fácil observar?

Ya sé que, teóricamente, a todos los humanos se los considera capaces de adelanto y cultura. Abrigo, no obstante, la contraria convicción. Será cruel, pero ¿y si es verdad? En cuanto al hecho civilizador, también noto algo que me confunde y desorienta: y es que en muchos puntos del globo, en otro tiempo civilizados, a su manera y a su estilo, y algunos, a un estilo y manera que no falta quien considera hasta superior al nuestro actual, por ejemplo la Grecia clásica, han perdido completamente, no sólo los beneficios, sino hasta la memoria de tal estado; y algunos, como el Egipto, que pudo contarse entre los grandes pueblos cultos de la antigüedad, son ahora ruinas gloriosas y regiones atrasadísimas, a pesar de la ingerencia europea.

Es decir que la civilización no presenta caracteres de solidez bastantes para poder crear un estado definitivo en una comarca ni en una raza de las que pueblan el globo.

Asusta pensar que el mundo entero no es sino vasto cementerio de civilizaciones, o vivo hormiguero de pueblos aun salvajes, y que no habrán de civilizarse jamás. Tentada estaba a comenzar el recuento de las *bajas* sufridas por la nuestra, por la española... Sí; ¿por qué no? En Europa estamos, pero hay este rasgo característico: las demás naciones de Europa han adelantado, y hemos retrocedido nosotros, si tomamos por tipo de comparación otras épocas históricas, y recordamos lo que fuimos, con relación a los demás pueblos. No hay duda, entonces estábamos a la cabeza, y ahora estamos a la cola. Algo pues ha muerto de nuestra civilización, propia, genuina, algo que no hemos acertado a substituir.

Consideremos ahora a nuestros eternos enemigos, los moros marroquíes; a ver si no estamos en presencia del cadáver de una civilización. Por siglos enteros, esta gente, compuesta de las razas mezcladas que nos habían invadido, poseyó una civilización muy ensalzada por historiadores y eruditos, y con la cual hasta nos han motejado a nosotros, encontrando que nuestros reinos cristianos andaban atrasados con relación a los emiratos y califatos árabes; que ellos conocían mejores métodos de agricultura y jardinería, que realizaban maravillas de arquitectura, que tejían telas, curtían cueros, encuadernaban libros y fabricaban armas como nunca las habíamos soñado nosotros, y que hasta en filosofía y letras, en cortesía y galantería, en número de mujeres doctas y poetas, nos ponían la ceniza en la frente. Todo esto duró, hasta que logramos expulsarlos. Desde entonces, no hicieron cosa notable, sino piratear. Del estado en que los hallamos, cuando tuvimos que volver a ponernos en contacto con ellos, nada diré, pues es sobrado conocido: la barbarie más tosca, la regresión al régimen tribal, que es uno de los primitivos, la corrupción en los que están al frente, y, en los bereberes de la vertiente septentrional del Atlas, un salvajismo belicoso y labriego. Los elementos superiores, de procedencia árabe, o no quieren o no pueden modificar este estado de cosas, y a nadie sorprenderá si digo que estos pueblos, habiendo perdido lo que constituía su grandeza y su poesía particular, no han adquirido otras cualidades, ni realizado ningún progreso, antes han erigido en dogma su atraso secular. Y esta es la clara señal de muerte de la potencia civilizadora.

En cuanto a las regiones que confinan con el Sáhara, muchas de ellas ni exploradas han sido aún. En el Sáhara occidental, una mujer, interrogada por un viajero, declaró que no se había lavado hacia 7 años.

Razas salvajes son también los tuaricos, los senegaleses, los habitantes de la costa septentrional de Guinea, y en estado no más halagüeño se halla la famosa república de Liberia, que se consideró un ensayo

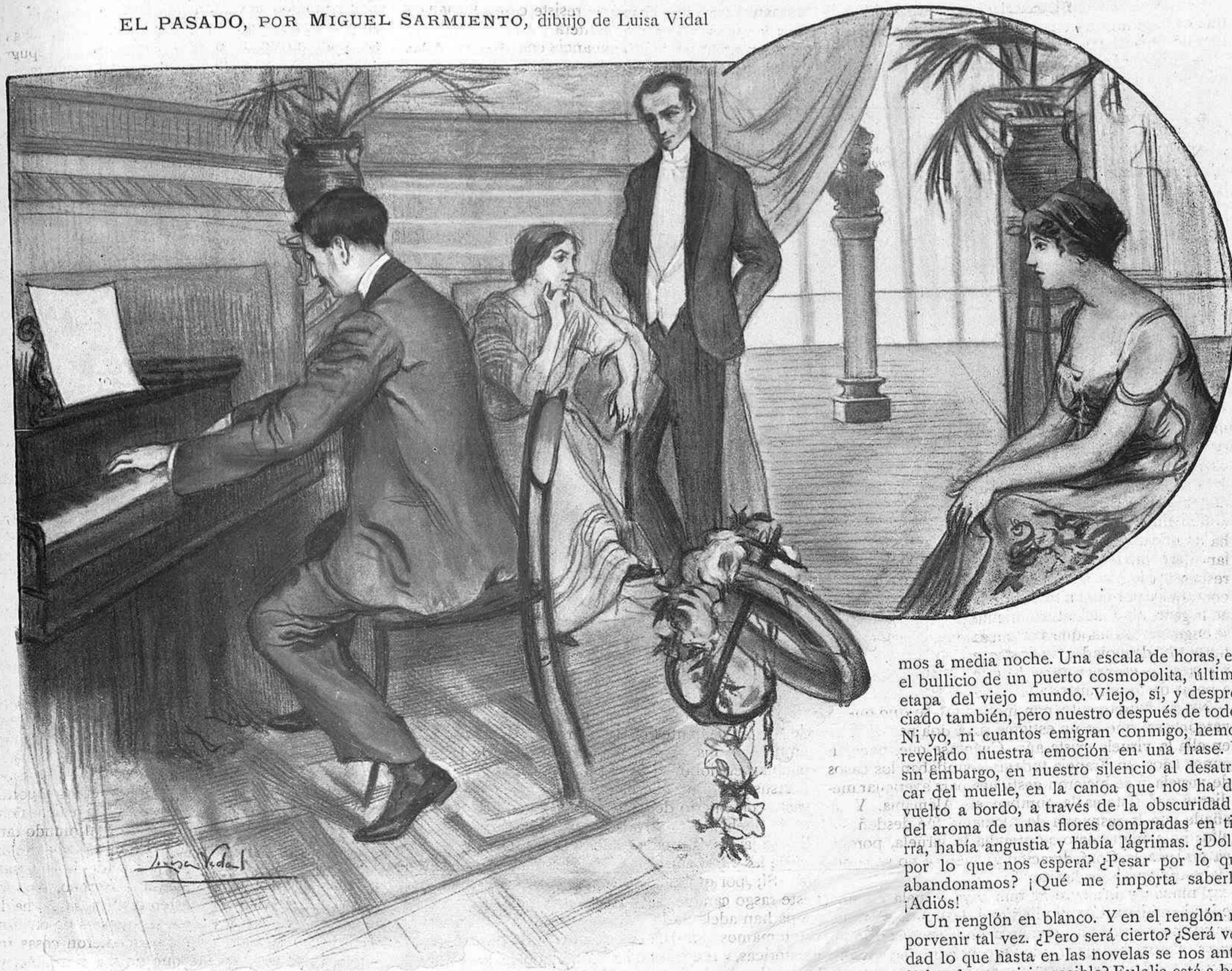
de civilización de los negros, y que, por pendiente natural, fué pronto una demostración de que muchas razas prefieren decididamente el salvajismo, y repugnan los procedimientos civilizadores, aun cuando momentáneamente y forzados los admitan y practiquen. No hablemos del país de los achantis, cuyas costumbres son, por decirlo así, la quinta esencia del salvajismo. Salvajismo confitado en sangre es el atroz Dahomey, donde todavía se adora con devoción a la serpiente. Nuestros indígenas de Fernando Poo y Annobón no son menos refractarios a los escasos progresos que pudiésemos enseñarles nosotros. De semisalvaje puede calificarse el estado del Sudán central, y en la cuenca del Nilo (como en Marruecos, y más caracterizado todavía) se nos aparece la gran momia de otra civilización difunta, la admirable del Egipto. No se encuentra en estado enteramente salvaje el Egipto actual, pero los laboriosos conatos de civilización con carácter europeo y sello inglés están más en la superficie que en el fondo. En el alto Nilo, la vieja Nubia encierra a los antiquísimos etíopes, que hoy muchos etnólogos quieren presentar como tronco de toda la estirpe humana, y tampoco son los etíopes gente culta que digamos. Hay allí pueblos que se lavan con líquidos nada perfumados, de origen orgánico. En algunos se practica celosamente la esclavitud. En Abisinia hay rastros de cultura y de cristianismo, pero no pasan de rastros. Conocido es el estado natural de Zanzíbar y de las márgenes de los lagos donde el Nilo, tiene sus fuentes tantos siglos misteriosas, cuyos indígenas, hoy enteramente salvajes, presentan semejanzas marcadas con el antiguo tipo egipcio.

Y, por no entretenerme más en África, y no hablar de los dilatadísimos territorios americanos donde ni aun ha asomado la civilización, preguntaré, ¿si gran parte del enorme imperio ruso, en el Asia, y otra mayor aún del imperio de Turquía, en Asia igualmente, se pueden considerar como civilizadas? En el Asia, los cadáveres de civilizaciones asombran por su número y su magnitud. Como cadáver de civilización, en muchos respectos, podemos considerar a China, y también a Persia, y a la India, hoy sometida al imperialismo de los codiciosos insulares. Estos muertos imponen respeto, sobre todo la India, que tiene unas lenguas tan prodigiosas, que ha dado al mundo tanta filosofía y poesía, y tan portentosa cosecha de mitos y religiones. Tampoco las posesiones holandesas, las bellas islas de Java, Sumatra y Borneo, si están sometidas, cabe decir que estén civilizadas. Ni ha de negarse que Palestina y Siria, sean restos de civilizaciones perdidas, países donde sucedieron cosas inmensas, y ya nada sucede que no sea mezquino, y, aun, para nuestro cristianismo, vergonzoso. Gran parte de Persia es un desierto; por la otra, vagan hordas nómadas, miserables. Del Cáucaso, donde tiene su origen el más noble tipo de humanidad, y donde el Titán Prometeo se yergue como símbolo del progreso de la raza humana, no diremos que esté del todo salvaje, pero sí que poquísimo ha adelantado, a pesar de la superioridad de sus elementos étnicos. Del interior de la China, y del Japón mismo, a pesar de las apariencias, no supongo que sean tierras de cultura. En las regiones del Himalaya, existe estacionamiento, más bien que salvajismo. De las Filipinas, es delicado hablar, ahora que han roto nuestro yugo, pero no creo que ni antes ni ahora la civilización ande allí como por su casa. Y si nos volvemos a Australia, encontraremos la verdadera tierra del salvajismo, donde este estado va unido al ser del hombre de aquellas regiones singulares, continente y archipiélagos, restos de algún inmenso territorio que ha ido hundiéndose en los mares. Los europeos pueden extinguir las razas inferiores, australianas, polinesias y melanesias, que al contacto de la civilización perecen; lo que no pueden es transformarlas.

Meditando sobre el caso, podemos afirmar: primero, que es una superficie muy reducida del planeta la que está civilizada con arreglo al concepto actual de la civilización; segundo, que en esa misma superficie no es seguro que sea la civilización un dato fijo y que existe en el hombre europeo una protesta incesante y una tendencia regresiva, a la cual responde la horda de los llamados *salvajes de la civilización*, numerosísimos; tercero, que la raza blanca, dominadora de tantas comarcas, pues no hay nación adelantada que no posea sus colonias, o no esté tratando de adquirirlas, no puede dar más civilización de la que tiene, y ésta no es adaptable a muchas razas; cuarto, que civilizaciones magníficas han sucumbido, y no hay razón para que la europea actual, a su vez, no sucumba; y quinto, que acaso cada raza se proporcione el estado que más le conviene, sea civilizado, semisalvaje, o salvaje del todo — y que se puede conquistar a los pueblos, someterlos, explotarlos — pero civilizarlos... ahí está el *quid*.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL PASADO, POR MIGUEL SARMIENTO, dibujo de Luisa Vidal



Bajo mis manos temblorosas revivieron las melodías tristes...

NOVIEMBRE 4. — He roto la última quartilla, mis ensayos, mis vales, mis partituras. Todas mis ilusiones están a mis pies, en un montón de papel inútil. Y rajada la última quartilla, mi alma se queda algo desdenosa, algo triste. En otro tiempo, en la época de mis fervores idealistas, habría dicho que se me habían roto las alas. Hoy no puedo, no debo escribir ya esto. He de ser fuerte, he de matar en mí la emoción, cosa estúpida en quien no ha sabido triunfar en la vida. Acojámonos al manual del emigrante perfecto: ¡avante siempre, caiga el que caiga!

Y sin embargo, la emoción me rinde al verme solo en este cuartito de la azotea, refugio de mis juegos de muchacho, de mis fatigas de estudiante, de mis ilusiones de joven. ¡Estas paredes, abrigo de tantas horas felices; esta ventana en cuyos cristales brilló el sol de tantos días dichosos, donde escribí el nombre de la primera mujer que amé, y donde reposó mi pensamiento al peso de la primera melancolía sin causa! ¡Este piano que tradujo mis ensueños, y en el cual Eulalia y yo nos emocionamos con la *Pastoral* de Beethoven, la tormenta y la calma *leit motiv* de nuestras riñas de novios! ¡Y fuera del cuarto, el horizonte familiar, de tantos años, las azoteas blancas, bajo el vuelo de las palomas, entre el verde de los grandes árboles que suben a la luz desde el fondo de los jardines; las azoteas que en estas ciudades son el lugar preferido de todos: la libertad gozada de puertas adentro, el primer paseo de los pobres convalecientes, el sol de los viejos, el cantar de los niños a la luna nacida en el mar lejano, las primeras estrellas que hablan de la muerte, la primera novia contemplada de un confin a otro del caserío, en la paz del crepúsculo! No, antes de echarme la conciencia a la espalda, antes de volverme malo, quiero abrir mi corazón y llevarme en él estas visiones queridas, mi único consuelo en las horas amargas que me esperan.

No seré yo solo el que las recuerde. Alguien ha

sentido ya por todo esto igual dolor que el mío. ¡También la pobre Eulalia se despidió de estos rincones amados! ¡Y quién sabe si hoy, junto a su Calixto venerable y gordo, allá en tierras del Sur, sonará también con estas palomas que describieron sobre nuestras cabezas la corona invisible de los idilios, y con esta paz de la tarde en que nuestras almas, al través de los labios mudos, se dijeron todo! ¡Esta fué su azotea y ésta es la mía! En la pared que las divide nos dió Amor sus lecciones. Ahí supimos de dolor y de ventura. Ahí nos dijo una estrella cómo se puede amar un imposible. Ahí, en fin, aprendimos lo bello que puede ser el mundo, reflejado en unos ojos que se quieren. Esa fué la música de Eulalia, la que rasgó el día que se casó con su Calixto, porque la desgracia que se llevó a los padres de ella y la mala suerte que no me hizo rico al nacer lo quisieron así.

Desde la galería del patio me llaman a cenar. ¡Oh, las últimas cenas en mi casa; las frases triviales tras de las que se esconde el pesar anticipado del adiós; los largos silencios «que hablan»; el golpe del cubierto abandonado en el borde del plato por la mano trémula que busca el pañuelo para llevárselo a los ojos! Amargura, amargura, sé lo que eres.

NOVIEMBRE 8. — Avanzamos a lo largo de la costa. Desde a bordo se columbran las poblaciones del litoral, y más distantes, apenas visibles, los caseríos escalonados montes adentro. En uno de esos rincones, a orilla de un río o en la linde de un bosque, habita Eulalia con su Calixto gordo y pelón. ¡Tal vez el humo de nuestro barco, divisado a lo lejos, despierte su nostalgia! No se imaginará que en el buque de su ensueño va, camino del Brasil, con algunas canas prematuras y algunas ironías crueles, su ilusión primera.

NOVIEMBRE 10. — Hemos llegado hoy y partire-

mos a media noche. Una escala de horas, en el bullicio de un puerto cosmopolita, última etapa del viejo mundo. Viejo, sí, y despreciado también, pero nuestro después de todo. Ni yo, ni cuantos emigran conmigo, hemos revelado nuestra emoción en una frase. Y sin embargo, en nuestro silencio al desatracar del muelle, en la canoa que nos ha devuelto a bordo, a través de la obscuridad y del aroma de unas flores compradas en tierra, había angustia y había lágrimas. ¿Dolor por lo que nos espera? ¿Pesar por lo que abandonamos? ¡Qué me importa saberlo! ¡Adiós!

Un renglón en blanco. Y en el renglón mi porvenir tal vez. ¿Pero será cierto? ¿Será verdad lo que hasta en las novelas se nos antoja burdo y casi imposible? Eulalia está a bordo, Eulalia va a América con su marido. Al regresar aquí, al bajar a la cámara, al avanzar por los pasillos de segunda, he oído su voz. Es ella, la reconozco, no la he olvidado. Eran dos voces: la suya y otra desconocida que contestaba soñolienta, entre largos bostezos. No he podido resistir la duda; he corrido a cubierta; he buscado al sobrecargo; he interrogado disimuladamente a los camareros y no me equivoco, no: es Eulalia.

Y ahora, ¿qué va a ocurrir?

NOVIEMBRE 11. — Nos hemos encontrado. Al verme, no ha podido reprimir su asombro. He intentado hablarla y ha esquivado la conversación. ¿Por qué? Su Calixto no me conoce; ignora de seguro hasta mi nombre. ¿A qué, pues, esa reserva? ¿Por qué no hablar como dos buenas camaradas? ¿No nos separamos amigablemente?

NOVIEMBRE 12. — Su desdén me irrita y... me halaga. En ocasiones pienso que Eulalia huye de mí por temor a reavivar el rescoldo del cariño que un tiempo nos profesamos; y en ocasiones me enoja el creer que me desprecia por no haber defendido yo el amor que nos unía. Y he aquí otra charada, otra inquietud contra las que nada valen mis canas prematuras ni mis ironías crueles.

NOVIEMBRE 14. — Mis esfuerzos son inútiles. Sea por lo que sea, Eulalia no quiere hablarme. He trabado amistad con su Calixto por ver si de ese modo lograba terciar yo en la conversación de ambos. Y pierdo el tiempo. Eulalia no interviene en nuestros diálogos, ni se acerca cuando nos ve juntos. Su marido me dice:

— Desde que se embarcó está muy cambiada. No habla, no come ni duerme.

Y yo le tranquilizo lo mejor que sé:

— A veces el temor del mar o del mareo encalabran los nervios y transforman en apariencia el carácter.

— ¡Tal vez sí, tal vez sí!, exclama Calixto; pero...

Se aproxima y me hace, al oído, una confidencia que es para mí una crueldad. Y al ver que yo le contemplo de soslayo, añade:

—Caray, ni ella ni yo somos viejos. Yo tengo aún mis esperanzas.

NOVIEMBRE 16. — ¡Sea! ¿Lo quiere Eulalia así? ¡Pues así! Desdén por desdén. He pasado la tarde adornando la toldilla con flores y banderas. Los pilotos nos han invitado a ayudarlos. Esta noche habrá concierto a beneficio de la «Sociedad de Salvamento de Náufragos», y baile, si el tiempo lo permite. Soy un «número» del programa. Tengo una idea. Me vengaré.

Las diez de la noche. El salón de música, el *fumoir*, los comedores, las toldillas, rebotan de gente. Los pasajeros de primera y segunda se han reunido. Se charla, se ríe. El capitán nos obsequia con un champagne. A proa la charanga toca una jota que los emigrantes corean. El mar está sereno, el cielo diáfano, poblado de luces innumerables. El humo del transatlántico flota en borbotones a ras de las ondas; se agrupa, se aleja, se disipa como tropel de fantasmas. Toda esta alegría, lanzada a diez y ocho nudos por hora a través de la mar, tiene algo del aturdimiento de la gente bisona, que parte a la guerra cantando. Por un instante perdemos la conciencia de lo que nos aguarda; por un instante aspiramos la flor del olvido.

Me llaman. El concierto empieza.

NOVIEMBRE 17. — La una de la madrugada. Parado a la puerta del salón aguardé mi turno; fumé febrilmente; luché conmigo mismo, en la duda de vengarme o de respetar el desdén de Eulalia. Allí estaba ella y allí Calixto con la cabeza monda y brillante al reflejo de las bombillas. Cuando llegó mi vez, me sobrepuse y avancé resuelto. El público zanjaría aquella duda que yo era incapaz de decidir. Si me aplaudía, si reclamaba de mí otras audiciones, cumpliría mi propósito. Empecé por Chopín. Bajo mis manos temblorosas revivieron las melodías tristes, las escalas dulces como el manar de una fuente. El público se entusiasmó. Al concluir, algunos ami-

gos acudieron a felicitarme; prolongáronse los aplausos; y varias voces me invitaron a continuar. Me senté y preludivé la *Pastoral* de Beethoven. A las cuatro o cinco notas había olvidado el propósito de

lencio de tanta gente, un sollozo mal reprimido. El público se distrajo; cuchicheó un instante; y varios siseos restablecieron la calma. Cuando abandoné el piano, entre aplausos y parabienes, Eulalia y Calixto no estaban allí.

Al amanecer se paran de súbito las máquinas; el pasaje se despierta; tintinean los timbres; van y vienen los camareros; suena en los pasillos el caminar precipitado de alguien que huye. Me arrojo de la litera, me visto al vuelo y salgo a la toldilla. Y en la toldilla sorprendo un espectáculo lamentable: dos pasajeros pugnan por incorporar al pobre Calixto, que se ha desvanecido. Acudo y al ponerle de pie, al entreabrir él los ojos, me mira y se arroja en mis brazos. Su ademán, su semblante me dicen lo que sus labios no pueden declarar. ¡Eulalia no está a bordo!

Desde el tope del trinquete, un marinero indica que no se ve nada; desde el puente los oficiales exploran la estela; una embarcación parte al remo; el transatlántico retrocede. Al cabo de una hora, perdida la esperanza, izan bote y el vapor sigue su ruta. En la consternación del pasaje, no se oye más voz que la de Calixto, que sujetado por nosotros, manotea y grita que le abandonemos, que quiere morir.

¿Qué he hecho, Dios, qué he hecho? Me he encerrado en el camarote y, tumbado en la litera, repito mentalmente: ¡asesino!, ¡asesino!, ¡asesino! ¡Sí, yo la he matado; yo, que azucé su desesperación; yo, que herido en mi vanidad estúpida, no adiviné lo que podía sufrir!

NOVIEMBRE 22. — He pasado la mañana tocando el piano. La sala se llena de gente y humo. A los primeros acordes de la *Pastoral* entra Calixto agobiado y macilento. Yo interrumpo la música, y al

advertir esta «delicadeza» mía, se acerca y me dice:

— ¡No, no! ¡Gracias! Continúe.

Le dan una silla, se sienta y añade algo que es inocente y me deja confuso:

— La *Pastoral*, ¿eh? «También» me gusta. ¡Lo que me ha hecho llorar!



Un viejo montero, cuadro de A. Parladé, conde de Aguiar

vengarme. ¡Oh, no! La música que nos ha emocionado alguna vez, la que ha despertado la bondad y la nobleza de nuestros sentimientos, no puede servirnos de intérprete de una pasión mala.

Al acometer las notas admirables en que Beethoven puso la alegría del trinar de un pájaro, al sol, después de la lluvia, estalló en la sala, en el si-

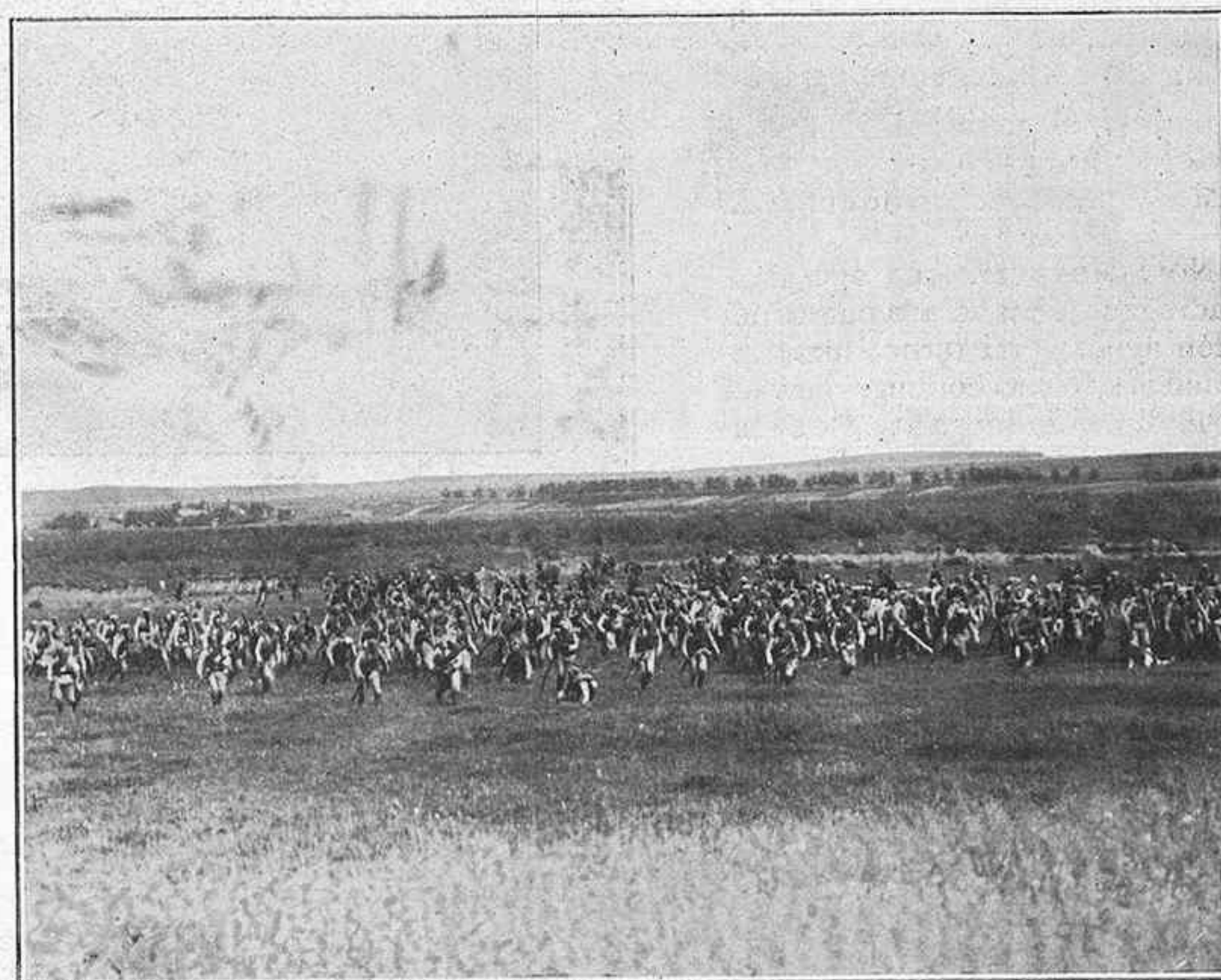
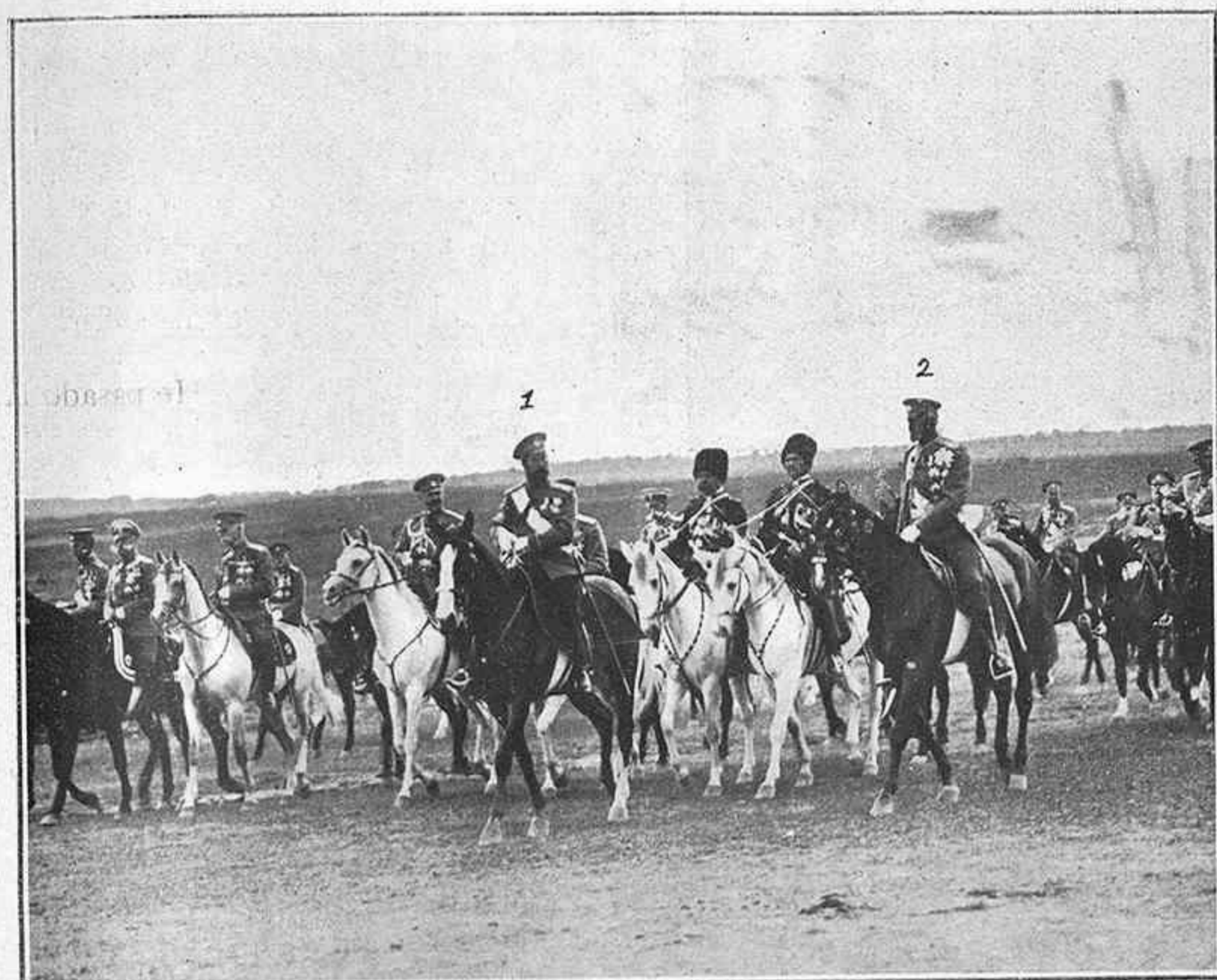


Saturnales, escultura de Ernesto Biondi existente en la Galería de Arte Moderno de Roma. (De fotografía de Vassari, remitida por Carlos Abeniacar.)

GRANDES MANIOBRAS MILITARES EN ALEMANIA, EN RUSIA Y EN FRANCIA



En Alemania. - El rey Constantino de Grecia (1), el rey Federico Augusto de Sajonia (2) y el emperador Guillermo II (3) en las maniobras. - Convoy en descanso
(De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)



En Rusia. - El tsar Nicolás II (1) y el gran duque Nicolás Nikolaievitch (2), con sus Estados Mayores, dirigiéndose al campo de maniobras de Krasnoie-Selo. - La infantería disponiéndose a dar un ataque a la bayoneta. (De fotografías Bulla-Trampus.)



En Francia. - El presidente de la República Sr. Poincaré (x) pasando revista a un regimiento de infantería en descanso. (De fotografía de Branger.) - Escuadrilla de aeroplanos militares Bleriot que han tomado parte en las maniobras. (De fotografía de M. Rol.)

PARÍS

UN MONUMENTO A LA CARIDAD

Dentro de poco se inaugurará en París el hermoso monumento que adjunto reproducimos y que es tan bello por su forma y sus condiciones artísticas como por la idea que en su ejecución ha presidido y por el propósito que ha determinado su erección.

Hace algunos años falleció en aquella capital un filántropo millonario, el Sr. Osiris, dejando, entre otros importantes legados para objetos benéficos, uno de 100.000 francos a la ciudad de París, con la condición de que esta cantidad sirviera para la construcción de un monumento, precisamente de mármol blanco, que perpetuase la memoria de las dos grandes filántropas parisienses, la señora de Boucicaut y la baronesa de Hirsch, cuyos desvelos y sacrificios en pro de los desvalidos son conocidos no sólo en la capital francesa sino también en toda Francia.

La ejecución del monumento fué confiada al célebre escultor Moreau Vauthier quien, con el concurso del reputado arquitecto León Berard, ha cumplido admirablemente el encargo, realizando una obra artística, altamente hermosa bajo todos conceptos.

En este monumento, cumpliendo la voluntad del Sr. Osiris, la señora de Boucicaut y la baronesa de Hirsch personifican la Bondad y la Caridad: las dos figuras aparecen en actitud de bajar los escalones de una gradería, al pie de la cual hay una mujer de aspecto miserable y pobremente vestida que sostiene en brazos a un niño acabado de nacer; un muchacho avanza en dirección de las dos bondadosas damas como solicitando su amparo, y mientras la señora de Boucicaut se inclina hacia él y le interroga, la baronesa, algo más en segundo término, escucha atenta y se dispone a socorrer el infortunio que ante sus ojos se ofrece.

El artista ha estado verdaderamente



La Bondad y la Caridad, grupo en mármol de Moreau Vauthier que próximamente se inaugurará en París y que está dedicado a la memoria de las señoras de Boucicaut y baronesa de Hirsch, tan conocidas por sus actos filantrópicos. (De fotografía de Carlos Trampus.)

inspirado así en la concepción del conjunto como en la ejecución de las figuras, cada una de las cuales es un modelo de expresión y en medio de la verdad y naturalidad con que están modeladas, tienen un sello de idealidad que, sobre todo en la de las dos caritativas damas, corresponde admirablemente a los sentimientos elevados que atesoraron en sus corazones.

Este monumento que, como antes decimos, se inaugurará uno de estos días, quedará colocado en una de las plazas de París y será testimonio perenne de que no sólo los grandes hechos de la historia sino también los actos más modestos de los que se sacrificaron en alivio de la miseria de sus semejantes han merecido de nuestra generación la gloria de ser eternamente recordados a las generaciones venideras.

SAN PETERSBURGO

CONCURSO MILITAR DE AVIACIÓN

La conquista del aire ha proporcionado un nuevo y valioso elemento a los ejércitos; y así hoy en día las principales naciones se apresuran a construir lo que llaman sus «flotas aéreas», compuestas de dirigibles y aeroplanos, y procuran fomentar por cuantos medios están a su alcance la aerostación y la aviación.

En las maniobras militares efectuadas en varios países, en estos últimos años, y sobre todo en las recientes guerras turco-italiana y balcánica, se han hecho patentes los grandes servicios que pueden prestar aquellos aparatos y ello ha impulsado a conceder especialísima atención a esta nueva arma, cuya importancia presente y cuyos progresos incesantes le auguran un brillantísimo porvenir.

Siguiendo estas tendencias, Rusia ha celebrado recientemente un concurso militar de aviación que se ha efectuado en San Petersburgo bajo la presidencia del general Koulbars, presidente del Aero-Club ruso y al cual han concurrido los principales aviadores del ejército.



San Petersburgo. - Inauguración del Concurso militar de Aviación

Figuran en este grupo el general Koulbars (1), presidente del Aero-Club de San Petersburgo; el general Chichkevitch (2), jefe de la aviación militar; el coronel Oulianine (3), comisario general del concurso; el ingeniero Kouznezoff (4), comisario técnico; y el aviador y constructor Sikorsky (5). (De fotografía de R. Seocovitch.)

EL REY CONSTANTINO DE GRECIA EN PARÍS

Recientemente ha permanecido cinco días en París el monarca heleno, que ha hecho el viaje de riguroso incógnito. Después del incidente ocurrido con motivo de los discursos cambiados entre él y el emperador del Alemania, incidente en el que nos ocupamos en el número último, la presencia del rey Constantino en la capital de Francia no dejó de pro-

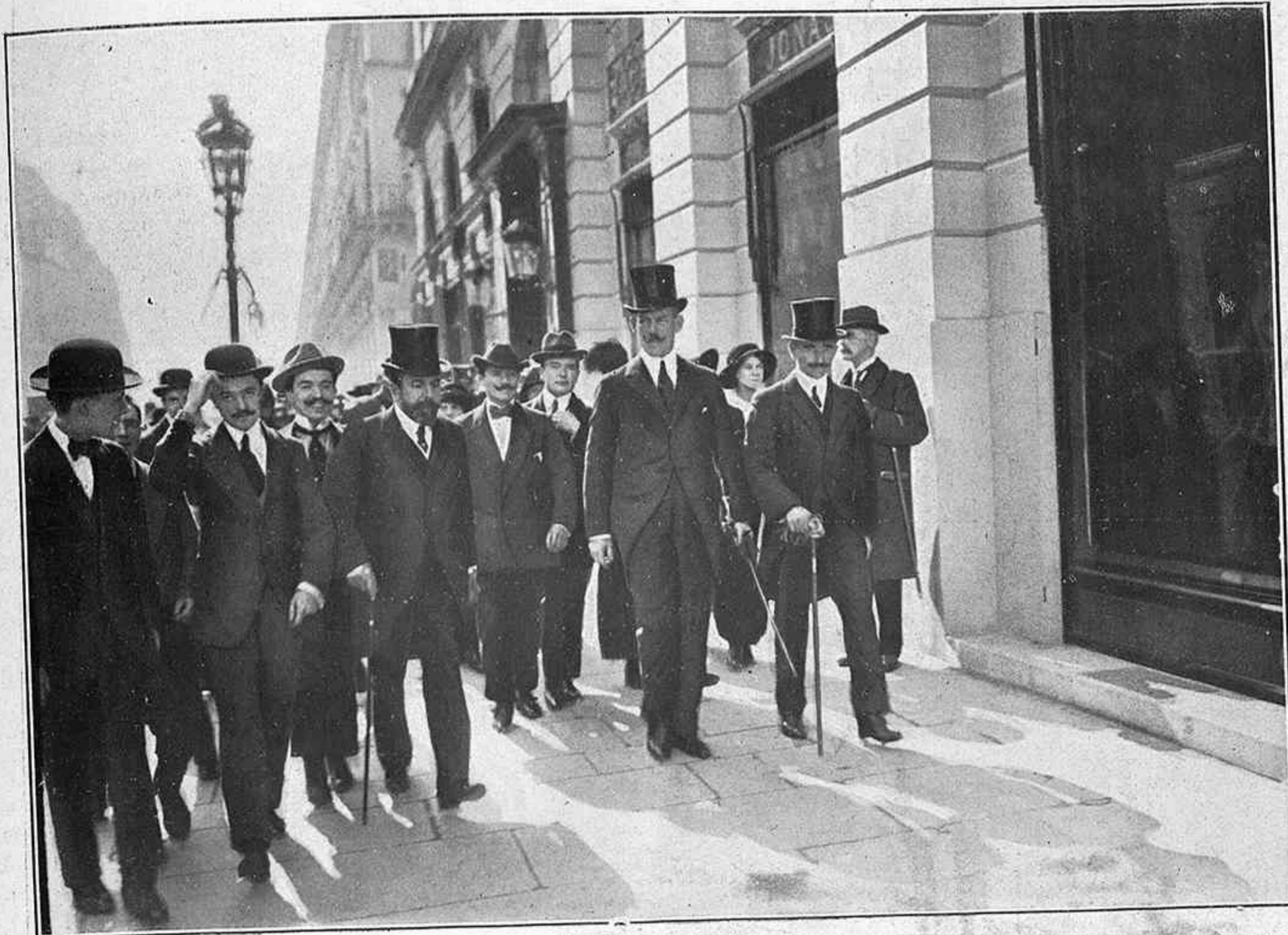
ferimos. El monarca heleno partió el 24 para Eastbourne, en donde se reunió con su esposa.

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA EN BURDEOS

El Presidente de la República Francesa ha efectuado recientemente una excursión en automóvil, habiendo recorrido en los trece días que ésta ha du-

diosa; la población en masa le aclamó con entusiasmo delirante.

Desde el desembarcadero dirigióse el Presidente



París. - El rey Constantino de Grecia acompañado del Sr. Athos Romanos, ministro plenipotenciario en Francia (a su derecha), dirigiéndose al Hotel Ritz. (Fot. de M. Rol.)

ducir cierta expectación, habiéndose llegado a temer por algunos que se promoviesen algunas manifestaciones de desagrado.

Afortunadamente estos temores no se confirmaron y el joven soberano, por el contrario, ha sido objeto de grandes atenciones de parte de los elementos oficiales, comenzando por el Presidente de la República, y ha recibido muestras de simpatía y de respeto todas las veces que el público le ha reconocido en la calle.

El segundo día de su estancia en París, adonde llegó el 19 de este mes, S. M. visitó el taller del gran pintor militar Jorge Scott, que está haciendo su retrato en traje de campaña, presenciando una maniobra de la artillería griega en la última guerra. Al día siguiente, conferenció detenidamente con el ministro de Negocios Extranjeros de Francia señor Pichón, y después de haber asistido al servicio religioso en la capilla griega, dirigióse al Elíseo en donde el Presidente de la República le obsequió con un almuerzo. Al final de éste pronunciaron afectuosos brindis el Sr. Poincaré y el

rey Constantino, cuyas manifestaciones de cordial amistad a Francia han desvanecido por completo las suspicacias que en algunos elementos franceses pudo haber despertado el incidente a que antes nos re-

rado, los departamentos del Centro y del Sudoeste, y habiendo sido en todas partes objeto de las más calurosas ovaciones. De éstas ha participado también la distinguida esposa del Presidente que le ha acompañado durante todo el viaje y que se ha conquistado unánimes simpatías en todas las poblaciones por ella visitadas.

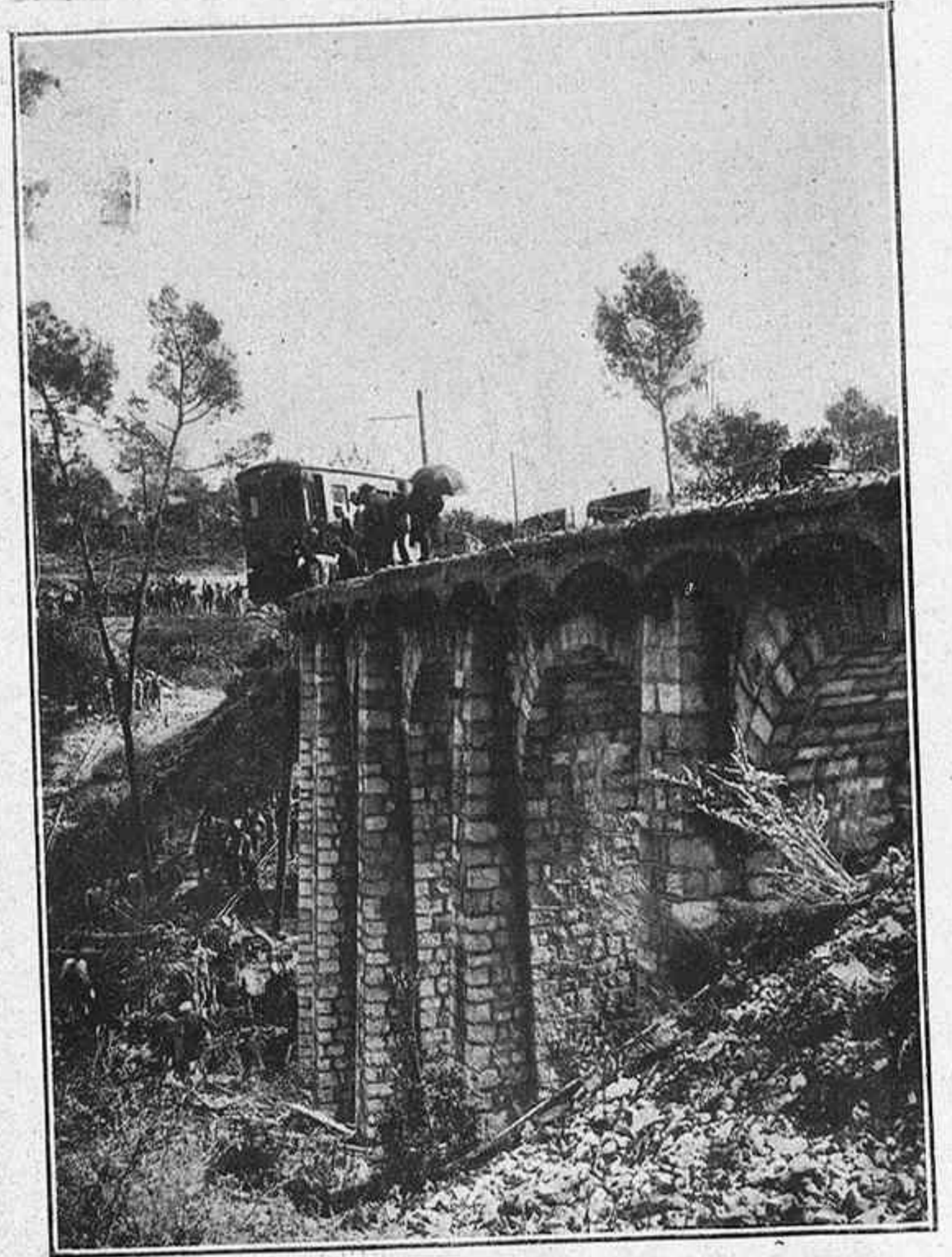


Burdeos. - El presidente de la República Sr. Poincaré en el momento de desembarcar del contratorpedero «Dunois». (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

La última ciudad en donde ha estado el Sr. Poincaré ha sido Burdeos, a la que llegó, a bordo del contratorpedero *Dunois*, el día 19 de este mes.

La recepción que allí tuvo fué en extremo gran-

resultaron 17 muertos y gran número de heridos, muchos de ellos graves. Los cadáveres de los primeros fueron conducidos a Niza, a Villeneuve-Loubet y a Cagne, y los segundos al hospital de Niza.



Grasse (Francia). - Sitio en donde ocurrió el derrumbamiento de un tren a consecuencia del cual murieron 17 personas y quedaron otras muchas gravemente heridas. (De fotografía de Carlos Delius.)

a la Prefectura y de allí, acompañado de su esposa, a la Casa Consistorial en donde se celebró en su honor un banquete de 200 cubiertos, al final del cual pronunciaron elocuentes brindis el alcalde y el señor Poincaré. Después, presidió la inauguración del monumento a los soldados muertos en 1870, visitó el hospital de San Andrés, recorrió la ciudad, entre los incandescentes vítores de la multitud que se agolpaba a su paso y por la noche asistió al banquete que en el edificio de la Bolsa le ofreció la Cámara de Comercio. Al día siguiente regresó el señor Poincaré a París.

LA CATÁSTROFE DE GRASSE

En la línea férrea de Grasse a Cagne, ocurrió el 16 de este mes una terrible catástrofe. Al entrar un tren compuesto de cuatro vagones en el puente que hay cerca del pueblo de Villeneuve-Loubet descarriló el coche motor y los coches que le seguían cayeron al precipicio desde una altura de 15 metros, quedando aquél atravesado sobre la vía.

En el tren iba gran número de viajeros, lo que hizo que fuesen numerosas las víctimas. Organizáronse los trabajos de salvamento que fueron muy difíciles a causa de la lluvia y de la gruesa capa de barro acumulada en el barranco.

De la catástrofe

resultaron 17 muertos y gran número de heridos, muchos de ellos graves. Los cadáveres de los primeros fueron conducidos a Niza, a Villeneuve-Loubet y a Cagne, y los segundos al hospital de Niza.



PSIQUIS, cuadro de Eduardo Weith

(Reproducción autorizada por la Unión Fotográfica de Munich.)

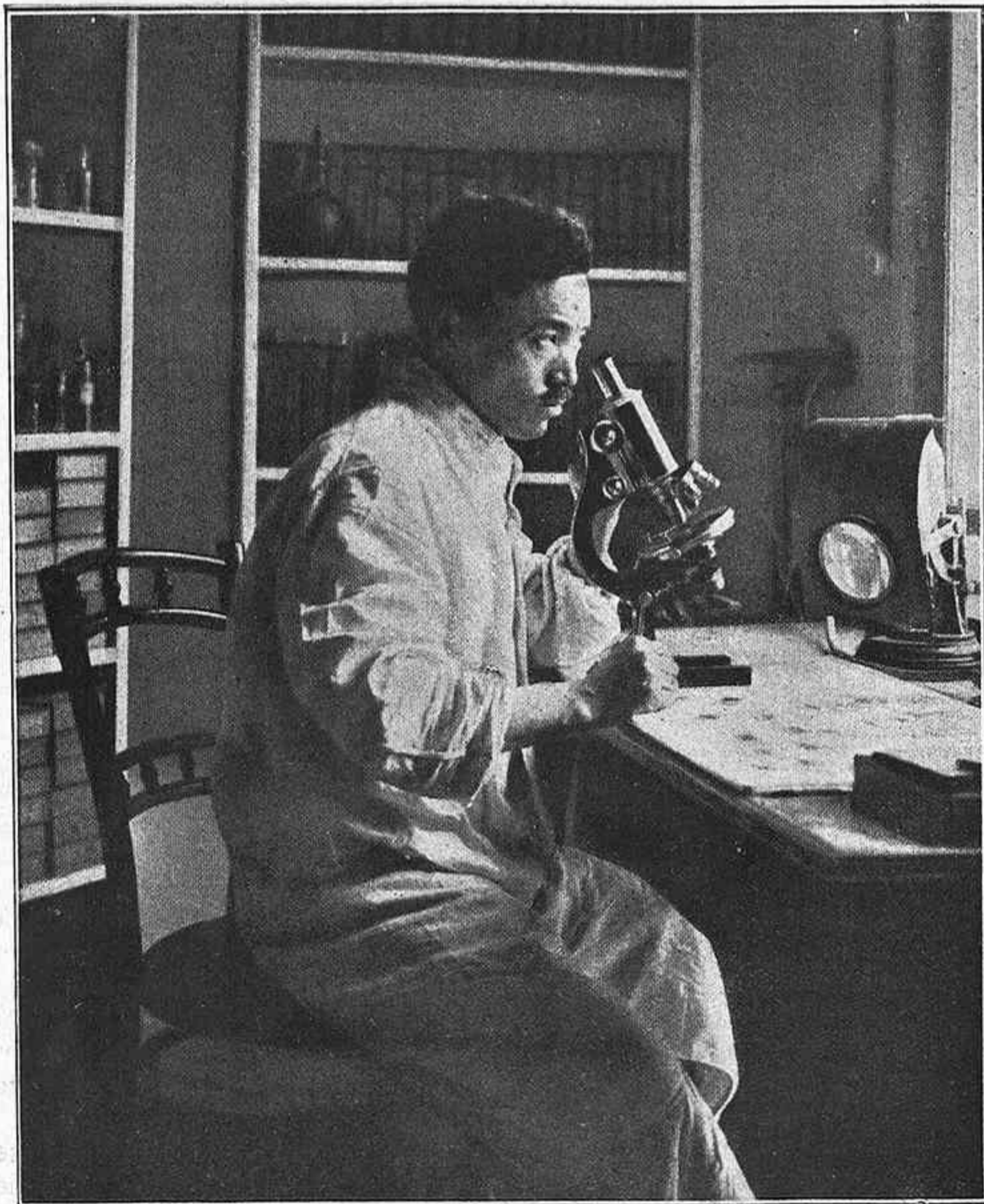


ARTISTA POMPEYANO, cuadro de Pablo Thuman

(Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín.)

EL PROFESOR HIDEYO NOGUCHI

Por muy extraño que parezca, el microbio de la rabia era hasta hace poco desconocido. El maravilloso genio de Pasteur



El profesor japonés Hideyo Noguchi,

que recientemente ha descubierto el microbio de la rabia. (De fotografía.)

había entrevisto que la rabia era una enfermedad infecciosa, y desde 1886 el maestro de la microbiología moderna aplicaba su vacuna antirrábica al tratamiento de este mal, sin que, no obstante esto, pudiera ser el microbio aislado y cultivado.

Un sabio japonés, el profesor Hideyo Noguchi, después de diez y ocho meses de experimentos en los laboratorios del *Rockefeller Institute* de Nueva York, acaba de descubrir aquel germen invisible que, desde hace veintisiete años, buscaban con tanto afán Pasteur y sus discípulos, y antes de concurrir al Congreso de Naturalistas y Médicos de Lengua alemana que se ha de celebrar en Viena y que le ha invitado especialmente a exponer allí el resultado de sus investigaciones, ha querido ir a París para hacer comprobar su descubrimiento por el profesor Metchnikoff y por los sabios del Instituto Pasteur.

El método que ha permitido al profesor japonés descubrir el microbio de la rabia consiste en la utilización de un procedimiento especial de cultivo.

Para llegar al feliz resultado de su descubrimiento, el profesor Hideyo Noguchi hubo de hacer más de 50 series de cultivos con el cerebro y la medula de cobayas, conejos y perros previamente inoculados, habiendo encontrado en ellos, además de los corpúsculos granulares, unos corpúsculos nucleados, redondos u ovales, con membrana diferenciable y que se reproducen activamente por gemación o división. Estos corpúsculos, cuyo tamaño es de doce milésimas de milímetro y que tienen toda la apariencia de protozoarios, son, según su descubridor, los productores de la rabia.

Noguchi ha hecho una irrefutable confirmación de su descubrimiento inoculando a animales de experimentación cultivos puros de aquellos corpúsculos, con lo que se reprodujo en aquéllos el cuadro sintomático de la rabia. Por otra parte, la ultramicroscopía y la microfotografía denuncian claramente la existencia de esos corpúsculos en las preparaciones hechas con los cerebros de los animales inoculados por cultivos.

Las consecuencias prácticas de este descubrimiento no se harán esperar.

Actualmente el diagnóstico de los animales a quienes se supone rabiosos es largo e incierto; largo, si se emplea el método de Pasteur inoculando en conejos una partícula del cerebro del animal sospechoso. En este caso hay que esperar a que la enfermedad se declare después de una incubación más o menos rápida, que varía entre diez y seis y veinticinco días. Además, el diagnós-

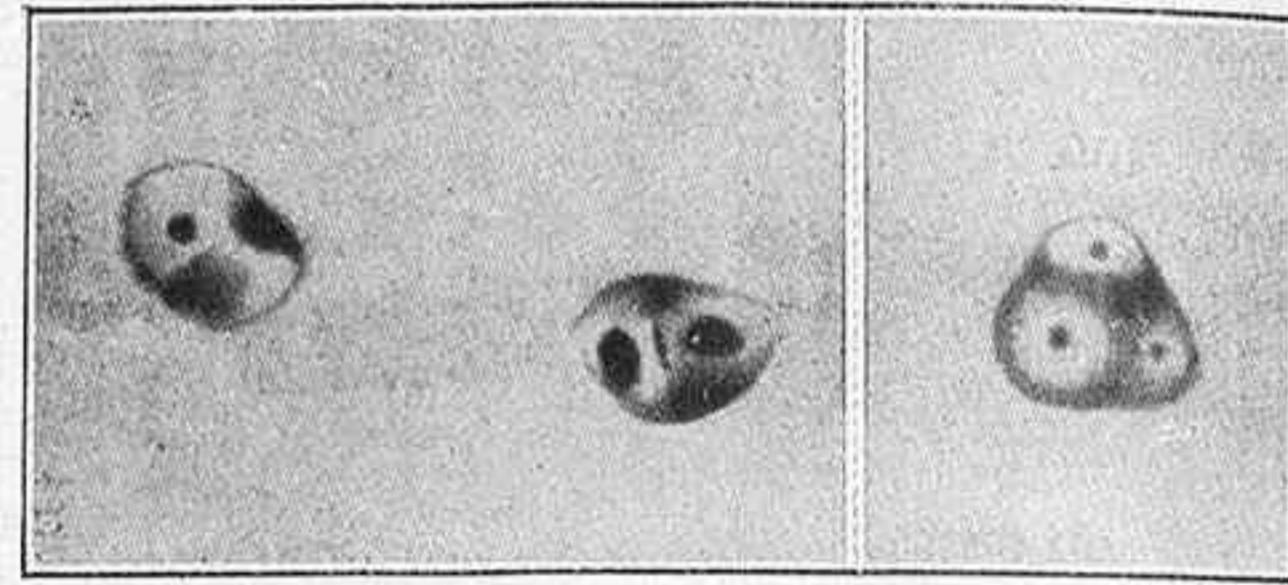
tico es incierto si se busca en las preparaciones microscópicas los corpúsculos de Negri que se encuentran a menudo en el cerebro de los animales rabiosos.

El cultivo del microbio de Noguchi permitirá sin duda formular más rápidamente el diagnóstico.

El profesor Metchnikoff, director del Instituto Pasteur, hablando del valor del descubrimiento de Noguchi, ha dicho: «El cultivo del protozoario de la rabia acaso permitirá fabricar un suero o una vacuna mucho más activa que las medulas empleadas actualmente en la vacunación antirrábica. El tratamiento, doloroso y largo, consistente hoy en una veintena de inyecciones, será probablemente muy reducido.»

Otros eminentes bacteriólogos han emitido análogas opiniones, rindiendo al mismo tiempo el merecido tributo de admiración a Noguchi.

Hideyo Noguchi procede de una antigua familia de samu-



El microbio de la rabia descubierto por el profesor Hideyo Noguchi. (De fotografía.)

raís compuesta de bravos guerreros. Nació en Wakamatsu el 24 de noviembre de 1876 y a la edad de diez años, jugando con pólvora, lo que era su mayor diversión, perdió los cinco dedos de su mano izquierda, que quedó convertida para siempre en un muñón informe, imposibilitándole para la carrera de las armas, que se proponía seguir, continuando las tradiciones de su familia.

Hizo sus primeros estudios de bacteriología en Tokio, al lado del eminente bacteriólogo Kitasato; pero buscando más amplios horizontes de trabajo, se dirigió a los Estados Unidos e ingresó en el Instituto Rockefeller, consagrándose por entero a las investigaciones microbiológicas.

El resultado de sus ocho años de asiduo trabajo ha sido fecundo para la ciencia, pues a él se deben el cultivo del espiroquete de Schaudinn, la técnica perfeccionada de la reacción de Wassermann y últimamente el importante descubrimiento del microbio de la rabia.

En una entrevista que celebró en París con los representantes de la prensa, manifestó el Dr. Noguchi, con toda modestia, que, aunque cree haber dado con el microorganismo productor de la terrible enfermedad, no se debe pronunciar nada en definitivo acerca del descubrimiento hasta que una serie de nuevos experimentos demuestre la eficacia del remedio.

A los estudios y ensayos que han de efectuarse en el Instituto Pasteur asistirán los doctores Metchnikoff, Salimbeni, inventor de la vacuna contra el cólera, Salmón, Allcock, Doyen y otras eminencias médicas.



Vista de la ciudad de Cádiz tomada desde un aeroplano. (De fotografía de Vidal.)

LA HIJA DEL SR. MAHÚ

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO GUESVILLER. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Pero no era esto bastante para el viejo Aquiles.
- Júrame... Júrame, con la mano extendida, así, amiga mía.

Y decía esto extendiendo su propia mano descarnada que la fiebre del alcohol hacía temblar.

Sucedió que una tarde de aquel final de otoño la señora de Mahú, queriendo abrir con su robusta mano un armario cuya cerradura ofrecía resistencia, rompió en seco el paletón de la llave.

Sofía se fué en seguida a casa de Hammel, el herrero.

Hammel fumaba tranquilamente su pipa leyendo un grasiento paquete de folletines. Pareció malhumorado de que le molestasen.

- Bueno, bueno, dijo sin levantar los ojos, deje eso aquí, señora.

Y volvió a abismarse en su lectura.

Pero, temiendo que el primo descubriese la torpeza de su madre, la joven insistió:

- Dispense usted, dijo con embarazo, si pudiese arreglar esto en seguida...

- ¡En seguida!, replicó el otro en un tono profundamente escandalizado. ¡En seguida! ¿Se figura usted, señora, que no hay más que ocuparse en usted?

Esto diciendo alzó la nariz y se transformó inmediatamente.

Levantóse; con una mano retiró su pipa y con la otra se quitó el gorro; secóse la frente, gesto puramente mecánico y profesional que ninguna apariencia de sudor en la frente justificaba.

- ¡Oh! ¡oh! pido a usted mil perdones, señorita Mahú. ¿Usted es, en efecto, la señorita de la ciudad que vino a casa del viejo «estertóreo»?.. Pues no la había conocido.

Con gestos amables, saltaba de un pie sobre el otro, y dijo indicando su silla:

- Si usted gusta..., tenga usted la bondad de sentarse...

Ella quiso rehusar. Pero él sacudió el polvo de la silla con el fajo de folletines. Pulióla luego con el dorso de la mano, y volvió a pulirla con la palma.

- Siéntese usted, señorita, de lo contrario no respondo del trabajo.

Mientras tanto, si la señorita quería esperar, iba él a poner manos a la obra y quedaría hecha en un santiamén.

- ¡En menos tiempo que canta un gallo!

La señorita Sofía se sentó, pues, y Hammel hizo funcionar el fuelle. Mientras tiraba de la cuerda quiso precisar que su actividad en componer aquella llave no procedía en manera alguna de la estimación en que tenía al primo Aquiles.

- Un viejo «estertóreo», señorita. Todo el mundo se lo dirá como yo... Un viejo «estertóreo»: ¡Ah! ¡es porque se trata de usted!.. ¡Si no, si fuese él, hubiera podido llevar su llave al Papa o al gran turco!

Este Hammel era un guapo mozo de unos treinta años, muy moreno, y que el ardor de la fragua y el

contacto del humo habían atezado como un bronce. La señorita Mahú notó de un golpe de vista aquella estética. Al mismo tiempo encontró en el herrero una sonrisa vencedora muy ridícula y sus ademanes

la puerta retuvo a la joven para preguntarle si le gustaba leer folletines.

Sofía confesó no haberlos leído nunca.

- ¿Quiere usted que le preste alguno? ¡Tengo en la trastienda montones de ellos... y muy interesantes!

Ella rehusó diciéndole que no disponía del tiempo necesario.

- ¡Qué lastima!.. ¡qué lástima!.. Eso la hubiera instruido a usted. En fin, como usted quiera, señorita.

Y sin duda para destruir toda huella de rencor, verdaderamente incomprensible, tendió su mano callosa.

La muchacha, a fin de no ofenderlo, puso su mano en la mano del herrero. Éste la estrechó a pequeños apretones y guiñó los ojos de una manera tan insinuante que Sofía se puso colorada.

A la mañana siguiente, en el momento en que, según su costumbre, se asomaba a la ventana del primo Aquiles consultando el misterio de la carretera, Sofía vió a la pobre zagala de enfrente que, con su hijo en brazos, ejecutaba una extraña mímica.

- ¡Señorita! ¡oh! ¡señorita! ¿Sabe usted?

Tendió el niño y añadió:

- El papá de este hombrecito... ¡se casa conmigo, señorita; se casa conmigo!

Pataleaba de alegría y de orgullo, y estrechaba la criatura contra su pecho, cubriéndola de besos, diciendo y repitiendo:

- ¡Se casa conmigo tu papá, se casa conmigo!..

Sofía iba a felicitarla, pero los cascabeles del co-

rrero de la mañana cantaron en la carretera y la pobre muchacha corrió a su encuentro:

- ¡Eh! ¡eh! ¡Francisco!

El correo moderó su marcha.

- ¿Sabes, Francisco? ¡Su papá se casa conmigo!

- ¡Me alegro!, replicó el correo con indiferencia.

La pobre muchacha no podía menos de comunicar a todo el mundo su alegría, anunciando la buena nueva, con esa conmovedora candidez de los desgraciados que, habiendo creído en la piedad ajena porque la merecían, juzgan que el prójimo merece participar de sus cortas alegrías.

La señorita Mahú se había retirado vivamente a su cuarto. Había sentido en el corazón como una picada de aguja y ahora su mal sordo la roía.

Aquel día, su servicio doméstico le pareció fastidioso y pesado. Sentía una extraña necesidad de ocio y de soledad, con la sensación novísima de un gran trastorno en su espíritu, de un cúmulo, de un tumulto de ideas flotantes y dolorosas que la joven aspiraba a clasificar cuidadosamente.

Esperó la noche, la hora en que, rendida de cansancio, se aniquilaba en el sueño.

«Pensaré arriba», se prometía.

Y fué una desgracia que, a pesar de su fatiga, pudiera pensar.



Al mismo tiempo encontró en el herrero una sonrisa vencedora...

también pretenciosos, tan inocentes como torpes.

Cesó de hacer funcionar el fuelle y dijo.

- Hace calor, señorita.

Y se enjugó la frente todavía seca. Como ella no contestó, prosiguió él, juzgando suficientemente establecido su «a propósito» favorito:

- Pero, a propósito de calor, esto son tortas y pan pintado al lado del que tuve allá.

Había extendido el brazo. Sofía, siguiendo la dirección de aquel gesto, vió una casa en que vendían comestibles y géneros de mercadería.

- ¿Allá?, interrogó ella asombrada.

- Sí, contestó el otro, en Túnez.

Volvió a tirar de la cuerda del fuelle e hizo saber que había tenido el honor de pertenecer como todo el mundo al ejército francés.

- ¡Honor y patria, señorita! Eso lo es todo.

Por fin se decidió a martillear y, durante esta operación, guardó silencio.

Mientras el joven tenía la mirada fija en su trabajo, Sofía levantó los ojos. Trabajando así, en silencio, el herrero recobró todas sus ventajas físicas. Eran la fuerza y la destreza reunidas. Sofía pensó que era una lástima que aquel buen mozo no se contentase con estas ventajas y presumiese de elegante.

Por fin concluyó la compostura. En el umbral de

Pensó, en efecto. De la sacudida doliente se escapó un grito, un solo grito; pero preciso, completo, definitivo, en que gemían todos sus sufrimientos.

— ¡Solterona! ¡solterona!, clamaba aquel pueblo.

Y aquel grito era tan elocuente que la joven tuvo que morder sus sábanas para no soltarlo también durante la noche, rabiosa y lamentablemente.

¡Solterona!

De modo que aquella muchacha tan fea, tan repulsiva y tan despreciada por la falta cometida, encontraba con quien casarse. Ya madre, sería esposa, desempeñaría normalmente su papel terrestre, viviría, viviría la vida de todas, de todas, ¿oyes, solterona? — y de esta vida Sofia sería excluida para siempre.

¡Solterona!

Las otras — las esposas, las madres — felices o desgraciadas, poseen al menos esa conciencia de ser humanas, de ser algo en la gran familia, de marcar en ella su huella, ¡por humilde que sea!

Las otras — las esposas, las madres — beben en la fuente de la vida, y en las eternas transformaciones de los seres saborean la universal alegría de inspirar la alegría, el orgullo de desarrollarse bajo el cambio de las caricias y de fructificar en ellas, acechadas por la muerte inevitable, pero arrostrándola con su fertilidad, oponiendo a la obra de aniquilamiento la cabecita rubia de los chiquitines, semilla de hombres y de mujeres, nacida de las caricias, caricias vivientes que acariciarán a su vez y se extenderán en otras, en el transcurso de los años, siempre, siempre...

¡Las otras — las esposas, las madres — constituyen los anillos de la múltiple cadena, y el anillo que llevan al dedo atestigua esa misión sagrada!

¡Ay! ¡la solterona no ostenta anillo en el dedo!

Salida del pasado, ligada a él por su presente efímero, no se une al porvenir. La solterona rompe la cadena y sola, desdeñada, inadvertida en la vida, es ya la muerte. ¿Y por qué, Dios mío, ese cruel ostracismo alcanzaba a la señorita Mahú?

¿Por qué? ¡Precisamente porque era la señorita Mahú, «la hija del Sr. Mahú»!

La dulce muchacha se rebeló duramente contra la necia vanidad de su madre. ¡La hija del señor Mahú mezcló una irónica sonrisa con sus lágrimas! Sin aquella vanidad ridícula, ya haría seguramente mucho tiempo que la señorita Sofia sería casada.

Pero las pretensiones exorbitantes de la señora de Mahú habían debido paralizar todas las buenas voluntades, todos los sentimientos y, si algunos más atrevidos habían osado hacer alguna tímida proposición, la terrible ambiciosa los había rechazado ignominiosamente como a Drillard.

— ¡Oh! ¡mamá! ¡mamá!

Sofia evocaba al carpinterito, mas no ya para compadecerlo; a quien compadecía era a ella misma, y con razón, porque la esperanza la había abandonado.

Al día siguiente se asombró de tener aún la fuerza de vivir, ahora que la vida le pesaba. Todo el día estuvo preocupada, absorta en la contemplación de su mal secreto. A la caída de la tarde sentóse contra la ventana en su sitio acostumbrado y cosió maquinalmente. Maquinalmente miró la carretera.

Sorprendiéndose, encogióse de hombros y pensó: «¿Para qué? ¿Quién va a venir jamás a buscar aquí a «la hija del Sr. Mahú»?»

Entonces sonó un alegre repiqueteo.

La joven se estremeció de una manera extraña.

¿Ese herrero?... ¿Ese Hammel?... ¿Por qué no?

Aun le parecía a la muchacha estarlo viendo junto a la fragua, martilleando y luego haciendo monadas. Ese alto mozo bronceado había parecido complacerse en la conversación de la joven.

Sofia había conservado el recuerdo de sus palabras, de sus sonrisas, de aquel apretón de mano final, sobre todo, que tanta turbación le había producido. ¿Por qué no?

¡Pero un obrero, un herrero común y ahumado, un pobre herrador de aldea!.

¡La hija del Sr. Mahú! Actualmente, cuando la hija del Sr. Mahú se miraba, consideraba el reflejo de una criada, de una mísera doméstica, sin patrimonio ni economías, su rostro ajado, enrojecido por el ardor de los fogones, con manos callosas y deformadas.

Contempló sus manos.

¡Ah! las manos de gracia, las manos largas, finas y pálidas que un tiempo sufrían esfuerzos exigidos por el piano: ¿dónde estaban aquellas bonitas manos delicadas? Encarnadas ahora, hinchadas, llenas de picadas de aguja y de desolladuras, quemadas, deshonradas por cicatrices de cortes y sabañones, atestiguaban elocuente la triste situación de la joven.

¿Triste? ¿Por qué? Considerándose así, la señorita Mahú experimentaba un alivio, un aligeramiento de prisionero evadido. ¡Habían concluido al fin las exigencias de la huera burguesía! Las actitudes frías, los gestos, las afectaciones presumidas, las ocu-

paciones vanas, el piano, y las visitas, y las frases galantes, y las complicaciones absurdas de respetabilidades y *snobismos*, todo eso había concluido. La pobreza la había apartado rudamente de aquel mundo artificial; había decaído, pero se hallaba libre; hija del pueblo sí, pero criatura simplemente humana en contacto con la realidad.

¿Sentía aún en su cuello el peso del collar? ¿Iba a hacerse la melindrosa ante la ocasión que se le ofrecía, por una supervivencia de las supersticiones pasadas?... Que las hijas de la burguesía se inclinen bajo la tiranía de su esfera, nada más justo; son solidarias de ella y, por otra parte, ociosas, incapaces de ganarse la vida, no se pertenecen y se deben a sus padres que las mantienen. Pero la señorita Mahú ya no pertenecía a esa esfera. ¿Por qué había de inmolarse a convenciones de que no sacaba ningún provecho? Ya no pertenecía a nadie, ni siquiera a su madre de quien ya nada obtenía. Se pertenecía a sí misma, como todas las que trabajan, y podía disponer a su antojo de su cuerpo que ella mantenía.

Entraba la noche. El repiqueteo a lo lejos redobló. Sofia se levantó de pronto. Comprendía que aquel martilleo la llamaba.

Recordando la tienda de mercería que había en frente de la herrería de Hammel, pretextó la compra de un ovillo de hilo. Salió, con el corazón palpitante, sonante con el yunque del herrero.

Al lado de la tienda había una callejuela, en la cual penetró Sofia algunos pasos, e, invisible en la obscuridad, contempló ávidamente la fragua.

Hammel trabajaba con su aprendiz, y los dos martillos alternaban rápidamente sobre el yunque, torturando un pedazo de hierro. Únicamente iluminado por la fragua y el hierro incandescente, Hammel adquiría un aspecto fantástico y formidable. Sus brazos desnudos, muy bien iluminados, mostraban sus músculos duros y apretados.

La señorita Sofia no se escandalizó: encontraba aquellos brazos robustos, poderosos y respetables, puesto que eran el trabajo.

Los ruidosos martillos callaron. Cogida con las tenazas la herradura fué echada a un rincón.

Hammel ejecutó el gesto que engajaba su frente y se sentó contra la fragua mientras el aprendiz tiraba del fuelle. El fuego se animó, creció, resplandeció, irradió una claridad opulenta que iluminó plenamente la cara del herrero.

Sofia entonces le vió tan claramente que tuvo el miedo inconsiderado de que él la viese del mismo modo. Abandonó la callejuela y entró en la mercería.

No había en la tienda más que una vieja paralítica inmobilizada en la habitación del fondo y una joven de unos veinte años risueña que sirvió a Sofia.

A su regreso, Sofia se atrincheró de nuevo en la calleja, y se llenó los ojos y el corazón de aquella visión de luz y de fuerza. Y entró en su casa con ligereza, pues encontraba un nuevo sabor a su espera.

Cada noche tomó la dulce costumbre de ocultarse en el callejón; ya no vivía más que por aquellos breves minutos y, a su vuelta de su escapatoria sentimental, ya pensaba en renovarla.

Una noche, se molestó en vano: la herrería estaba desierta. Su decepción fué tal que la joven, en su inocencia, pudo confesarse que amaba. ¡Amaba!

Sin embargo, él, el herrero, nada sospechaba, ignoraba aquel espionaje halagador y la joven se reprochaba su timidez. Pero tal como era aquel sentimiento nuevo, aunque no satisfecho, ocupaba deliciosamente el ocio de su corazón. Sufría al pensar que Hammel ignoraba su ternura y que, por consiguiente, no correspondía a ella; pero este sufrimiento había substituído ventajosamente al de aquella noche en que había sentido los horrores de la nada.

Cada mañana se infundía ánimo, atrevimiento, inventaba pretextos para penetrar en casa del obrero y se hacía bellas promesas, sabiendo que no las cumpliría. Se detenía siempre en la callejuela, y allí permanecía invisible en la obscuridad, inmóvil, palpitante y como fascinada por la ardiente fragua, delante de la cual el herrero martilleaba, fuerte y jovial, esbelto entre las centellas.

X

Soirs de douleur et d'agonie affreux et noirs

Où l'espoir suprême se livre:

Soirs de deuil et de mort, soirs les plus noirs des soirs.

O soirs vécus! O soirs à vivre!

(Noches de dolor y de agonía, espantosas y negras, en que la suprema esperanza se entrega: noches de duelo y de muerte, las más negras de las noches. ¡Oh noches vividas! ¡Oh noches a vivir!)

J.-M. MESTRALLET (*L'Allé des Saules*).

Transcurrieron los días sin otros acontecimientos. Sin embargo la salud del primo Aquiles causaba

algunas alarmas. El alcohol empezaba a fermentar terriblemente en el viejo barril saturado y aprovechaba la menor ocasión para derramarse, hervir, transportarse en cóleras furiosas, cuyos asaltos tenían que caer contra la señora de Mahú.

La pobre señora, llena de espanto, al principio, y temiendo por sus días, había buscado la salvación en una pronta huida, tan trastornada que iba a refugiarse en la cueva a pesar de su terrible aversión a las ratas y de los achaques del primo el cual, medio paralítico por su gota ya no podía abandonar la butaca.

Ahora, añorada, soportaba mejor los choques. Se contentaba con derretirse en lágrimas, silenciosamente. La pena no duraba mucho, corría hacia el olvido con el llanto y volvía a vagar despierta por su asombroso jardín de sueños, bajo los ojos sin vista del Arquímedes amarilleado.

Porque había querido conservar aquella efigie por veneración de la estima en que la tuvo el difunto Sr. Mahú. Si el tal Arquímedes hubiera sido mujer, la señora de Mahú hubiera tenido violentos celos del busto. Pero aquel Arquímedes era hombre y las mujeres no tienen por qué estar celosas de la amistad que los hombres se tienen entre sí.

Habiendo tenido que presentar la interesante efigie al Sr. Chachagne, la señora de Mahú se había expresado en estos términos:

— El Sr. Mahú llamaba «Tarquímedes» a este señor. Es un nombre muy raro, muy extravagante, y nadie, ni aquí ni fuera de aquí, sostendrá lo contrario. Pero usted sabe como yo que nadie elige su nombre. Era también un hombre de Matemáticas y mi marido le respetaba mucho. Es todo lo que sé sobre él, porque, personalmente, no vi nunca a ese señor más que en yeso.

Aquel invierno, contra su costumbre, el susodicho Sr. Chachagne que, muy friolero, desaparecía durante las escarchas, agazapado en sus cuarteles como una marmota, no dejó de venir todas las semanas en el correo.

La señorita Sofia le agradeció mucho aquella solicitud para con el viejo primo y le mostró amablemente su gratitud.

El otro desechaba las gracias:

— Nada más natural, señorita Zizi... Además, me causa tanto placer el encontrarme en compañía de su excelente madre, señorita, en compañía de su buena y encantadora hija, señora, que, que...

Se frotaba el cráneo, ponía los ojos en blanco y no decía más.

Pero un día en que bajaba del cuarto del primo, el Sr. Chachagne encontró a la joven en la escalera y le dijo al oído con misterio:

— Desearía hablar con usted dos palabras en particular.

Sofia lo condujo al laboratorio.

— Señorita, dijo el Sr. Chachagne suspirando, su primo decae, decae, si me es lícito decirlo, ¡de una manera espantosa!

Ella se puso sumamente pálida...

El Sr. Chachagne, en su emoción, cogió la mano de la joven y la retuvo entre las suyas.

— Hay que conformarse, señorita. Cuando el hombre llega a una edad ya avanzada y le abrumen los achaques, la muerte es un bien para él... Usted sufre a la idea de perder a su primo y esto prueba su buen corazón... ¡Es usted tan buena y tan caritativa..., tan abnegada, señorita!... ¡Ah! Su primo lo sabe muy bien y no se recata de decirlo; acaba de hablarme una vez más de usted en términos que, si me es lícito decirlo, me han hecho venir las lágrimas a los ojos.

Sin duda le quedaba todavía alguna de aquellas lágrimas compasivas, puesto que experimentó la necesidad de enjugarse el ojo derecho.

Y prosiguió:

— Hay otra cosa que me inquieta, señorita, y me atormenta en alto grado... ¡Ay! ¿qué va a ser de ustedes, de usted, mi buena señorita, de usted y de su excelente y digna madre, qué va a ser de ustedes cuando hayan perdido a su primo?

No dejó a Sofia el tiempo de contestar, sino que oblicuó vivamente hacia su fin. Habló de su propia soledad, de la tristeza de su hogar desierto. ¡Qué de veces había envidiado la suerte del primo Aquiles!... Pues bien, si las dos señoras consentían en ir a alegrar su hogar, él sería feliz, si le era lícito decirlo, ¡pero completamente feliz!

— Hay, ya lo sé, hay un obstáculo para la realización de este deseo... Pero aunque no me encuentre ya en la primera juventud, lejos de eso, cuento todavía como hombre ¿sabe usted?.

Esto diciendo, guiñaba el ojo y ejercía sobre la mano de la señorita Mahú pequeñas presiones significativas, mímica absolutamente parecida a la que

había ejecutado Hammel cuando su única entrevista. Sofia, por asociación de ideas, se puso colorada.

El Sr. Chachagne repuso:

- La gente es mala, señorita, no admite más que el mal y, cuando el mal no existe, lo inventa... Habría un medio, señorita. Permítame ser su marido.

La muchacha quedó muda de estupor, pero como el Sr. Chachagne se inclinaba tiernamente hacia ella, con los ojos brillantes y los labios temblorosos, ella retrocedió, presa de una irresistible repugnancia.

¡Oh! ¡aquel viejo! ¡aquel viejo horrible!...

- ¿Quiere usted?, repitió Chachagne.

- Pero, señor... ¿Qué quiere usted que le diga yo?.. Si consultara usted a mi madre...

- ¡Punto en boca! ¡punto en boca!, recomendó precipitadamente Chachagne. Sobre todo, no diga usted nada a su madre. Es tan habladora, la excelente y digna mujer, que se lo contaría a su primo... Y, como usted comprenderá, es preciso que el pobre hombre no lo sepa; equivaldría a decirle que tiene los días contados. Volveremos a hablar de esto más tarde, señorita, pues por nada de este mundo quisiera, en este momento, alejar a usted de su primo que tanto la necesita.

Se recogió y dijo en conclusión:

- En fin, mi petición queda hecha, señorita. Le suplico solamente que, cuando haya llegado la desgracia prevista, se acuerde de la proposición que le he hecho desde el fondo de mi corazón.

Se levantó para retirarse. Ya se hallaba en la puerta cuando retrocedió y dijo cogiendo nuevamente la mano de Sofia:

- ¡La punta de los dedos!

Llevó la temblorosa mano a sus labios y añadió:

- ¡La punta de estos dedos laboriosos y caritativos!..

Luego renovó su recomendación:

- ¡Punto en boca!.. ¡Si el primo se supiese desahuciado, se moriría del susto!

El Sr. Chachagne estaba decididamente lleno de piedad por la vejez y, a sus ojos al menos, aquella piedad le rejuvenecía de diez años y aun más.

Con más impaciencia que nunca, Sofia esperó la hora nocturna en que, cual mariposa imprudente, iba a deleitarse con la llama de la fragua. ¡A pesar de ser tan corto, aquel día le pareció tan largo! Hay días que quisiéramos precipitar de un empujón hacia la nada y, cuando han transcurrido, caemos en la cuenta de que, por el contrario, nuestro deseo hubiera debido prolongarlos hasta el infinito.

Cerró la noche. Pero el martilleo no resonó en las tinieblas. Sofia, que se había prometido enérgica y definitivamente penetrar en casa de Hammel, e inquieta a causa de aquel silencio, tuvo la desgracia de colarse en el callejón para ver si el herrero estaba en su taller.

Según costumbre, no alumbraba la herrería más luz que la de la fragua. Y la fragua, sin la excitación del fuelle, se atenúa bajo la ceniza, y su radiación era tan débil que Sofia de pronto no distinguió casi nada. Y así como había maldecido la lentitud del día, maldijo la discreción de aquel hogar.

¡Ah! ¡lo que son los votos temerarios!

Paciente, la joven esperó que sus ojos se acostumbraran a aquella obscuridad relativa.

Porque, ante todo, había que cerciorarse de que él estaba allí.

Pues bien, sí, estaba allí. Pero ¿qué hacía cerca de la fragua moviendo la cabeza? ¿Dormitaba? No, hablaba. ¿Con su aprendiz, sin duda?.. La señorita Mahú distinguía vagamente un rostro humano en la penumbra proyectada por el herrero.

La joven se cercioró de que llevaba en el bolsillo la llave torcida por ella desde hacía dos meses, y animosa, dió algunos pasos por la carretera. Había llovido durante el día y ahora empezaba a helar. El suelo estaba resbaladizo, dificultoso, y a pesar de su resolución, Sofia se alegró de encontrar en ello un pretexto para caminar lentamente. Dió algunos pasos más y se detuvo, porque había visto moverse las sombras. ¡No! no era el aprendiz. ¡Era una mujer!

Sofia retrocedió ocultándose otra vez en el callejón... ¡Sí, una mujer!.. ¿Qué mujer?..

Hela ahí que se inclina, que se inclina hacia la fragua. Invisible en la obscuridad, Sofia se inclina también para ver mejor.

¡Y vió!

Reconoció a la joven risueña y fresca de la mercería. El herrero le rodeó la cintura con sus musculosos brazos, la estrechó contra su robusto pecho y aplicó un beso sobre la risa feliz de la muchacha.

Sofia cayó desplomada al suelo como muerta.

Al recobrar los sentidos se encontró tendida en la trastienda de la mercería. La pequeña mercera le daba palmaditas en una mano, y Hammel le golpeaba la otra; delante, inmobilizada en su sillón, la an-

ciana paralítica miraba curiosamente la escena con los ojos muy abiertos.

- ¡Ah! ¡ya ha vuelto en sí!, exclamó la mercerita.

- ¡Ya ha vuelto en sí!, articuló como un eco el herrero.

- ¡Bah, bah!, declaró la vieja; todo se reduce al susto.

Y, a juzgar por su tono de decepción, pareció que la paralítica sentía que todo se redujese a tan poca cosa. ¡Se aburría tanto en su sillón!

- ¡Maldito hielo!, rugió Hammel.

Había un espejo colgado de la pared. Y aquel espejo mostró a Sofia el reflejo de su triste rostro.

Al mismo tiempo la mercerita, a la luz del quinqué, ostentaba su risueña frescura, perfumada de juventud y de ardor.

Sofia miró largamente a la muchacha; luego miróse a sí misma en el espejo y se estremeció toda.

- ¡Dios mío!, gimió.

- ¿Sufre usted, señorita?, preguntó el herrero.

Ella retiró su mano con cólera diciendo:

- ¡No, no!, me encuentro bien.

Pero en seguida tuvo conciencia de su injusticia y tendió la mano a Hammel.

- Gracias por sus cuidados, le dijo con dulzura.

Pero su ánimo desfalleció nuevamente y volvió a temblar. La mercerita repitió por su cuenta la pregunta de Hammel.

- ¿Se ha hecho usted daño?

Sofia atrajo a la joven y la besó en la frente.

- Sí, un poco... ¡Pero usted no lo puede remediar!..

Concentrando sus fuerzas se levantó.

- ¿Quiere usted que mi novio la acompañe, señorita? ¡El suelo está tan resbaladizo!..

Sofia rehusó, diciendo que se sentía completamente repuesta. Compró un ovillo de hilo y se dirigió hacia su casa. Arrimada a las paredes, marchaba a paso lento, con los ojos bajos, como si buscara en la carretera los dispersos fragmentos de su sueño.

Pero aquella catástrofe, con ser tan dolorosa, fué superada en intensidad por otro dolor. Indudablemente era una dura miseria el contemplar la ruina de aquel humilde sueño. Pero otro hubiera podido reemplazarlo desde luego. Si el herrero hubiese conocido la simpatía de la señorita Mahú, quizá hubiera correspondido a ella... ¡Pero no, semejante ilusión era ya imposible! ¡Imposibles todos los demás sueños! Y en esta imposibilidad estaba la gran desgracia de Sofia.

Marchando con la cabeza baja y con la vista fija en el suelo, la pobre joven seguía viendo mentalmente la triste imagen que le había aparecido en el espejo. Y, al lado de aquellas facciones ajadas, de aquella tez con partes rojas y otras descoloridas, de aquellos ojos apagados y tristes, de aquella sonrisa amarga que, multiplicando las arrugas en el rostro, en vez de añadirle una gracia le añadía años, se afirmaban, victoriosos, los frescos encantos de la juventud.

De aquel contraste había brotado una gran verdad.

¡Ay! Mientras Sofia aguardaba, bajo la persuasión de la esperanza, mientras aguardaba, paciente y serena, olvidaba que la vida sigue su curso y que, si cada aurora despertaba en ella una esperanza, la paz de cada noche la encontraba con un encanto menos.

¡Adiós joviales auroras! Sofia llegaba a la edad en que las otras - las madres - satisfechas de la obra cumplida, consagradas por el amor y bendecidas en las edades futuras por sus caricias fecundas, confunden su porvenir ya bien limitado con el porvenir inmenso de sus hijos y, con sus besos, depositan sus esperanzas sobre las tiernas existencias que les sobrevivirán.

Sofia sólo tenía que considerarse a sí misma, es decir, aquí su juventud agostada en la soledad, más allá la vejez, la pena y la muerte.

Furiosos gritos la sacaron de sus reflexiones. La muchacha reconoció la voz del primo Aquiles y apresuró el paso. Penetró en un terrible estruendo de votos y maldiciones.

La señora Mahú apareció con los brazos al cielo.

- ¡Por fin!.. ¡Creí que no volvías!.. ¡Cómo has tardado! No sé lo que tiene, arriba... Te llama y pide su droga... Pero ¿qué droga?.. ¿me lo quieres decir?, porque, en fin, ¿cómo quieres que una comprenda cuando no comprende?..

- ¡Ah, sí!, dijo Sofia, ya sé.

Y subió.

Al ver a la muchacha el viejo cesó bruscamente de echar pestes. Se deshizo en ternura.

- Aquí está, la buena Sofia; aquí está, que viene a cuidar a su pobre primo... ¿Vas a darme mi droga ¿verdad?.. ¡Me siento tan decaído, tan flojo!..

Sofia preparó la absenta reclamada. En el momen-

to de tender el vaso al viejo, una reminiscencia de terminó en él un sobresalto supremo.

- Y cuando pienso que esa idiota, ese trasto inútil, ¡no ha sido capaz de darme una droga!.. Anda, fuera de aquí, triple cernicalo; ¡fuera de aquí, la pava!.. ¡Al gallinero, la gansa!..

- Primo, mi querido primo, imploraba suavemente Sofia.

El viejo bebió de un trago.

- ¡Ajá!.. ¡ah! ¡ah!.., hizo con voluptuosidad.

Y se volvió indulgente.

- Sí, yo bien sé que es tu madre y, como tal, merece que se la perdone mucho... Porque ella que no puede hacer nada bueno, te puso a ti en el mundo... Y eso sí que fué una buena obra.

Bebió otro vaso y se calmó del todo, canturriando.

Por la noche en la cama, Sofia cogió un espejo y, de codos sobre la almohada, se examinó atentamente. Porque tenemos la debilidad de no poder saciarnos de nuestros males y, en vez de tratar de evadirnos de ellos, nos complacemos en examinarlos exclusivamente, de lo más cerca posible, aun a riesgo de ampliarlos con esa obstinación irritante.

Sofia era fea, indudablemente, fea del todo, si no del todo vieja. ¿Con qué derecho, ¡oh Dios!, había acogido tan mal la proposición del Sr. Chachagne? La repugnancia que había sentido, ¿no era injustificable y ridícula?

Ciertamente, el Sr. Chachagne contaba un número de años más considerable que ella, pero el número aquí no significa nada. La vejez no va en los hombres como en las mujeres. El hombre es la fuerza, el trabajo, la inteligencia, la autoridad y, a pesar del peso de los años, si aun siente el deseo de amar, sigue siendo amable.

En la mujer, la vejez empieza a la hora en que desaparece la seducción de su sexo. En ese momento preciso, que ella tenga treinta, treinta y cinco, cuarenta o cincuenta años, que tenga más o que tenga menos, entra inexorablemente en la vejez. Llegada a esa melancólica etapa, la señorita Sofia, ¿no debía mostrarse indulgente respecto al supremo deseo humano que se dignaba honrar la agonía de su gracia?

Es verdad que horas antes aun ignoraba ella su decadencia física y esa ignorancia excusaba la repugnancia que había experimentado. Pero ahora estaba enterada, y admiróse de que sus taras le hubiesen sido reveladas el mismo día en que había despreciado las taras del Sr. Chachagne. Vió en esta coincidencia una intención divina; no un castigo - la sencilla, la santa y triste criatura, ¿tenía acaso que temer la cólera de Dios? - pero sí un aviso saludable, una bienhechora indicación de ruta a seguir.

Se había detenido demasiado tiempo en el hermoso castillo de los sueños y esas divagaciones por los sitios encantados eran sin duda peligrosas; la Providencia, en su misericordia, había soplado sobre el deleznable castillo. Ahora había que considerar la realidad, ser prudente y juiciosa, puesto que había pasado el tiempo de las locas escapatorias.

Así razonaba la pobre muchacha, entre lágrimas y suspiros. No se reprochaba esas lágrimas que fluían de su corazón lacerado como fluye la sangre de una herida abierta. No se las reprochaba porque sabía que eran legítimas y respetables. Lloraba por lo que ella no era ya, y lloraba también por lo que iba a ser de ella; pues bajo su presente debilidad germinaba una resolución fuerte y, con las lágrimas de la despedida, se mezclaban ya las lágrimas del sacrificio.

Como, a pesar de los razonamientos y de las exhortaciones, su repugnancia subsistía, la señorita Sofia desvió su atención de sí misma y se preocupó por su madre. ¿Qué iba a ser de ella, en efecto, si su primo Aquiles desaparecía? Consintiendo en ser la esposa del Sr. Chachagne, la muchacha aseguraría la tranquilidad a aquella ancianidad sagrada. La señorita Mahú echó anclas en esta consideración generosa, donde encontraba un sólido punto de amarre al mismo tiempo que un alivio a su desgracia. Y este alivio inesperado en una fase tan cruel le dió la seguridad de que razonaba bien.

XI

*Heureux qui peut dormir sans crainte et sans remords
Dans le lit paternel, massif et vénérable
Où tous les siens sont nés aussi bien qu'ils son morts.*

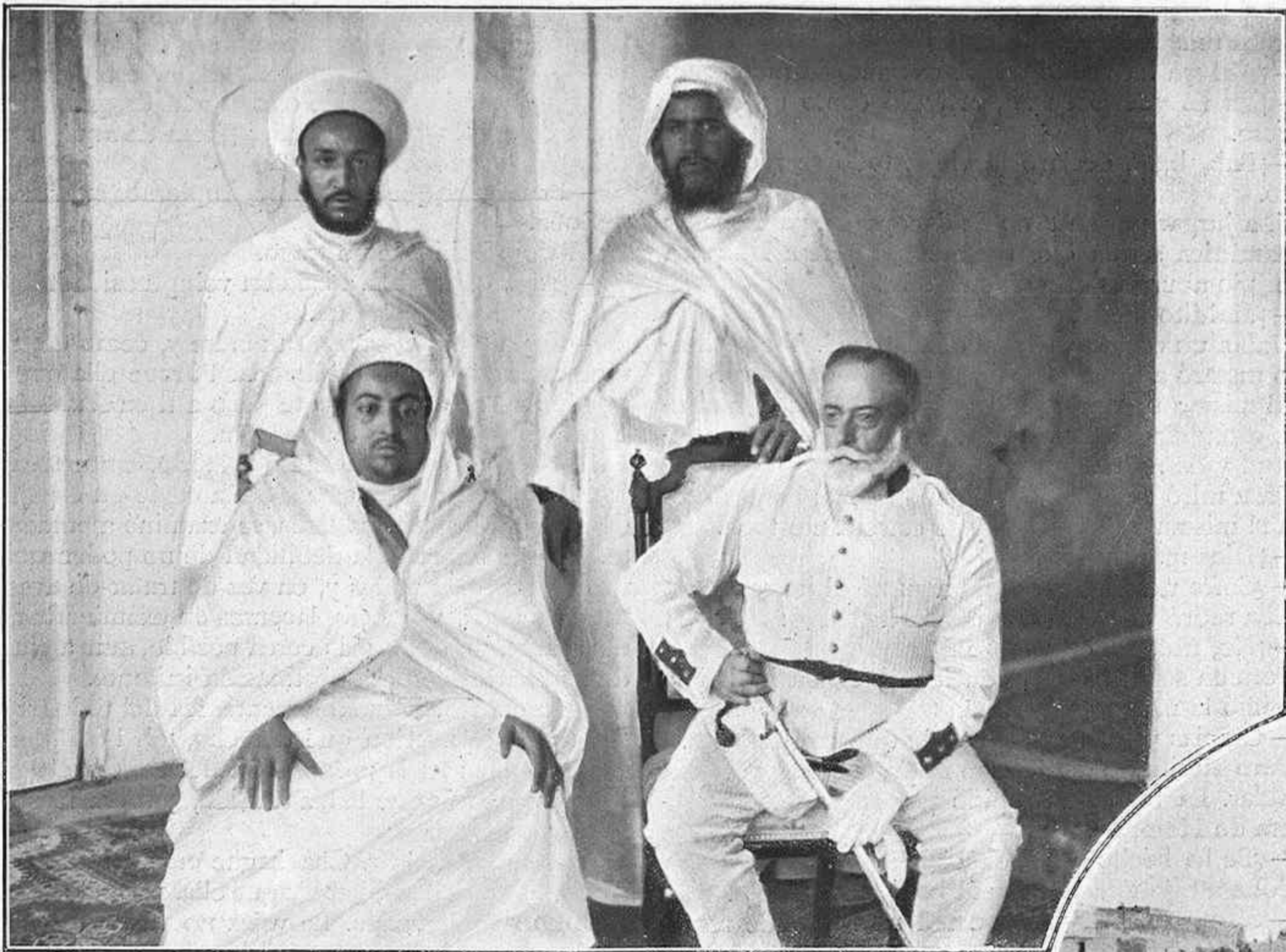
(Dichoso el que puede dormir sin temor y sin remordimientos
En la cama paterna, maciza y venerable
En que todos los suyos nacieron y murieron.)

J. DE HEREDIA.

Transcurrieron tres semanas antes de que el señor Chachagne reapareciese.

- ¿Cómo sigue su pobre primo?, preguntó desde la puerta,

(Se continuará.)



Tetuán. - El alto comisario general Marina y S. A. el jalifa Muley Mehedí. Detrás de ellos el gran visir y el introductor de embajadores

EN TETUÁN. - ACTOS DE ADHESIÓN AL JALIFA

Con gran brillantez y solemnidad se ha celebrado recientemente en Tetuán la entrega, por los representantes de varias cabilas, de las ofrendas de sumisión al jalifa Muley Mehedí, según costumbre tradicional en Marruecos, con motivo de la celebración de la Pascua.

A las cinco de la tarde, hallábanse formados en la plaza de España el tabor de Tetuán y dos compañías de infantería de las fuerzas regulares indígenas, que se extendían a lo largo de cada uno de los lados de aquélla a fin de contener el enorme gentío que se agolpaba en aquel lugar para presenciar la llegada del jalifa. Los askaris de éste sentáronse en el centro de la plaza para indicar el sitio en que había de colocarse el representante del Sultán y poco después fueron llegando los notables tetuaníes, los sesenta comisionados de Melilla, del Peñón y de Alhucemas, todos montados en magníficas cabalgadu-

chas moras, envueltas en sus blancos jaiques, presenciaban la escena.

Al poco rato apareció la comitiva del jalifa. Abrían la marcha el caíd Mexuar y varios criados que conducían seis caballos de respeto, y detrás de éstos iba Muley Mehedí, jinete en hermoso corcel ricamente enjaezado; caminaba a su derecha el portador del quitasol encarnado, símbolo de la autoridad imperial, y seguíanle los servidores con los estandartes imperiales y los atributos maghzenianos; cerraban la comitiva los soldados con las armas enfundadas.

Cuando el jalifa entró en la plaza, las músicas eje-

fes moros avanzaron hacia él saludándole con profundas inclinaciones. Seguidamente el caíd de Mexuar hizo la presentación de los comisionados, con quienes conversó Muley Mehedí, agradeciendo y contestando las felicitaciones que cada grupo de ellos le dirigía. Después le fueron ofrecidos al jalifa los presentes, con lo cual terminó la ceremonia, retirándose entonces el representante del Sultán mientras las músicas tocaban nuevamente la Marcha Real.

TARRAGONA. - EL MONUMENTO A SAAVEDRA

El día 21 de este mes celebróse en Tarragona con gran solemnidad la ceremonia de la colocación de la primera piedra del monumento que ha de erigirse al ilustre tarraconense D. Eduardo Saavedra y Moragas, nacido a 27 de febrero de 1829 y fallecido en Madrid el día 13 de marzo de 1912.

Saavedra fué historiador y matemático, orientalista y geógrafo, ingeniero y arquitecto y a la vez literato eminente y escritor castizo, y en los últimos años



S. A. el jalifa Muley Mehedí en el acto de recibir los regalos que los representantes de varias cabilas le ofrecieron con motivo de la celebración de la Pascua. (De fotografías de A. Rectoret.)

de su vida dedicó buena parte de su actividad al estudio de Marruecos y fundó los centros comerciales hispano-marroquíes de los cuales era presidente.

A su fallecimiento, los referidos centros iniciaron la idea de perpetuar su memoria erigiendo por suscripción nacional un monumento al sabio eximio y el comité nombrado al efecto y del cual forman parte eminentes personalidades acordó que el monumento se levantase en Tarragona.

Presidieron el acto de la colocación de la primera piedra los gobernadores civil y militar, el alcalde accidental, el vicario capitular, el presidente de la Audiencia y el presidente del Centro Hispano-marroquí y concurrieron a él comisiones de muchos ayuntamientos de la provincia y de los de Barcelona y Gerona; representantes del Centro Hispano-marroquí, de Madrid; de las Cámaras de Comercio de Tarragona y Reus, de la Cámara Agrícola, del Centro Industrial y de otras importantísimas entidades, comisiones militares, los niños de las escuelas y otras muchas distinguidas personalidades.

Formada la comitiva oficial en las Casas Consistoriales dirigióse, presidida por la bandera de la ciudad al lugar en donde ha de construirse el monumento, y una vez allí pronunciaron elocuentes discursos los señores Puig y Valls, Mir y Miró, en nombre de Barcelona, Arco Molinero, en representación de la Academia de la Historia, el canónigo doctor Cassola, el alcalde de Reus, el concejal gerundense Sr. Montsalvatje, el Dr. Azoy, en nombre del Centro Hispano-marroquí, de Madrid, el Sr. Corbella, en representación del Comité del monumento, y el Sr. Alegret en representación de la familia Saavedra.

Después procedióse a la bendición y colocación de la primera piedra y terminó la ceremonia con un sentido discurso de gracias del alcalde accidental de Tarragona Sr. Montes.



Tarragona. - Colocación de la primera piedra del monumento que se ha de erigir a la memoria del ilustre ingeniero y publicista tarraconense D. Eduardo Saavedra y Moragas

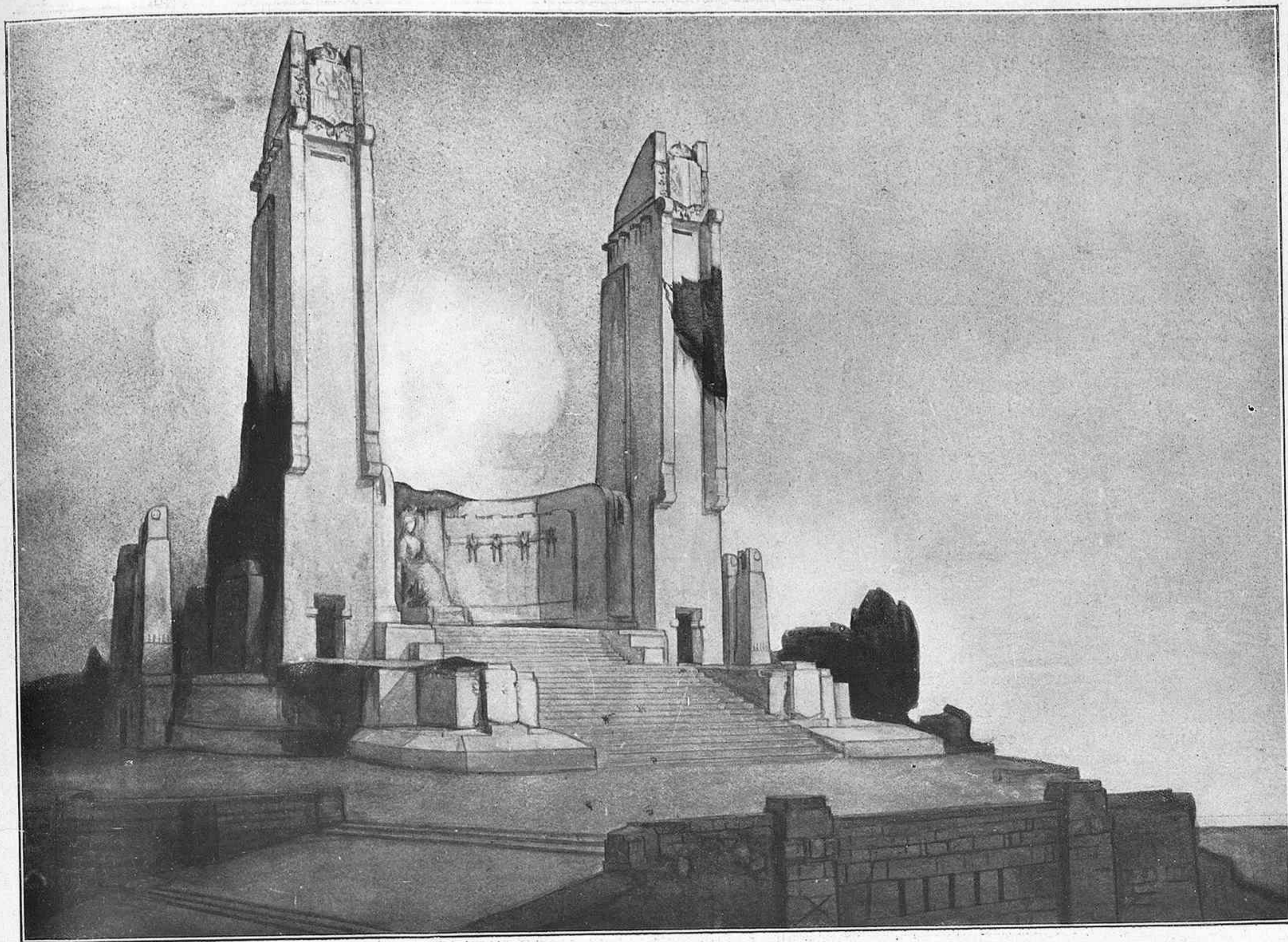
(De fotografía de Baguña y Cornet.)

ras y seguidos de los criados portadores de los regalos, el gran visir con los individuos del gobierno y las autoridades moras. En las azoteas vecinas, mu-

cutaron la Marcha Real, mientras las moras, desde las azoteas prorrumpían en sus gritos de salutación característicos; y llegado al centro de aquélla los je-

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

PROYECTO DE MONUMENTO-ASILO A S. M. LA REINA D.^a MARÍA CRISTINA QUE HA DE ERIGIRSE EN SAN SEBASTIÁN



Perspectiva de frente del monumento, proyectado por el arquitecto Teodoro de Anasagasti

Por iniciativa del senador del reino D. Rafael Picavea, en el diario de su propiedad *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián, acordóse el año pasado erigir en la capital donostiarra un monumento dedicado a S. M. la reina D.^a María Cristina. Entera de ello la augusta dama, quiso declinar el homenaje rogando que el producto de la subscripción abierta se destinase a la creación de un asilo benéfico. Los subscriptores persistieron en la idea de levantar el monumento, y el citado periódico resolvió que al par que la voluntad de aquéllos se realizase el deseo de S. M., es decir, acordó construir un monumento-asilo, encargando el proyecto del mismo al reputado arquitecto, pensionado en Roma, D. Teodoro de Anasagasti.

El monumento se emplazará en la isla de Santa Clara, hermosamente situada, y será claro, sencillo y simbólico, como nacido allí encima de la isla, «que parece, según dice el arquitecto en su memoria, colocada providencialmente para servir de asiento firme al más firme cariño que el pueblo quiere seguir demostrando a la Reina».

El Sr. Anasagasti, partiendo de la base de que el monumento debe adaptarse al paisaje, ha hecho una obra de arquitectura poética, sentimental, sin sujeción a ningún estilo; todos los componentes de la misma tienen un significado simbólico. La exedra, un banco semicircular, simboliza el trono y en su centro habrá la estatua sedente de S. M.; la flanquean dos gran-

des torreones que representan a España y la casa de Habsburgo. En la parte posterior, una terraza anular estará ornamentada por tantos pináculos, a manera de obeliscos, como los años de regencia de D.^a María Cristina, años que irán grabados en cada uno de aquéllos. Completarán el monumento las escalinatas, como gradas del trono, en donde campearán los escudos de Guipúzcoa y de San Sebastián con otros detalles de composición que contribuirán a la armonía del conjunto. La dedicación de San Sebastián irá grabada en gruesos caracteres. Las torres tendrán escaleras interiores y podrá circularse por todo el monumento que, con las terrazas y escalinatas, ofrecerá los panoramas del mar y de la ciudad en su mayor extensión. La terraza que mire al mar irá sobre el acantilado.

El monumento, sencillo, sin ornamentación, que allí, en plena naturaleza, resultaría tan perjudicial como inútil, tendrá, en cambio, la vegetación como su principal auxiliadora: yedra, trepadoras y rosales cubrirán parte de los muros; los árboles, agrupados de modo que abracen la construcción, harán que ésta parezca natural, nacida con la isla, y una corona de ellos formará un marco poético alrededor del monumento.

El tamaño de éste será proporcionado al de la isla; ésta tiene unos 45 metros de altura y el monumento tendrá cerca de 28 por 36 y 32, en las dimensiones máximas de la base, sin las terrazas circundantes.

El monumento tendrá una iluminación especial para que resulte visible de noche y cuando lo exijan las circunstancias; se dispondrán en él reflectores ocultos y tubos Moore que harán que la construcción aparezca visible en su totalidad, produciendo un efecto soberbio por su rica gama y destacándose en la oscuridad de la noche aislado y como suspendido en el cielo. Además, dos potentes reflectores móviles iluminarán desde lo alto de las torres, con sus conos de luz potente, la población.

El asilo ocupará el lado bajo y posterior del monumento, utilizándose para ello el desnivel natural que ofrece el terreno y procurando que las distintas partes del edificio-asilo guarden la necesaria armonía con el conjunto.

El adjunto grabado permite formarse idea de la belleza y grandiosidad de la obra proyectada por el Sr. Anasagasti. Este arquitecto ilustre se ha salido, en su proyecto, del camino trillado y vulgar, y desechando perjudiciales rutinas, se ha adaptado a las tendencias que hoy prevalecen en esta clase de monumentos destinados a perpetuar la memoria de altos personajes o el recuerdo de hechos extraordinarios, como el que se ha elevado al poeta Gerhardus en Budapest, el de Bismark inaugurado este año en Bamberg y el recientísimo de las Naciones erigido en Leipzig. Plácemes incondicionales merecen los iniciadores de la idea del monumento y el Sr. Anasagasti que tan admirablemente ha sabido darle forma.

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadrado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

AVISO Á LAS SEÑORAS



EL APIOL DE LOS RES

JORET-HONOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris

DATA DE 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS

St-Denis, 46

INNSBRUCK, TIROL

ESTACION DE VERANO Y DE INVIERNO

HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE

FOLLETO ILUSTRADO

CARLOS LANDSEE

LAS NEGOCIACIONES PARA LA PAZ TURCO-BÚLGARA EN CONSTANTINOPLA



Los miembros de la misión búlgara que han negociado la paz en Constantinopla

En la primera fila: el generalísimo Savoff (1); a su derecha, el Sr. Natchevitch (2), y a su izquierda, el Sr. Tontcheff (3). En los extremos, dos oficiales turcos agregados a la misión. En la segunda fila, de izquierda a derecha: un secretario, el coronel Papadopoff, subjefe de Estado Mayor; el Sr. Kossoff, director del Secretariado del ministerio de Negocios Extranjeros; el comandante Nikoloff, ayudante del general Savoff; y el Sr. Grukoff, secretario del Sr. Tontcheff. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

La última vez que nos ocupamos en la cuestión de Oriente, decíamos que la reconquista de Andrinópolis por Turquía había creado una situación difícil que las potencias se esforzaban por resolver en el sentido de que la Puerta respetase el tratado de Londres. Decíamos también que más que en la acción de las potencias se confiaba, para solucionar el conflicto, en las negociaciones que directamente pudieran entablar los gobiernos turco y búlgaro.

Así ha sido en efecto. Comenzadas las gestiones por el ministro de Bulgaria en Constantinopla Sr. Natchevitch, tomaron carácter oficial cuando el gobierno de Sofía nombró una delegación compuesta del citado ministro, del general Savoff y del Sr. Tontcheff, ministro de Hacienda y exministro de Bulgaria en Serbia, para que resolviese, en unión con los delegados de la Puerta, las cuestiones de la nueva frontera y de las nacionalidades.

Las sesiones de esta comisión comenzaron el día 8 de este mes y el 18 firmóse el protocolo relativo a ambas cuestiones, quedando definitivamente determinada la nueva frontera por una línea que parte de la desembocadura del Maritza y termina al Norte de Inadia, dejando a Turquía Demotika, Andrinópolis y Kirk-Kilissé, y a Bulgaria Tiernovo, Mustafá-Baía y Ortakéui.

Como se ve, el convenio de Constantinopla echa por tierra, en puntos muy esenciales, el tratado de Londres, en perjuicio de los búlgaros; pero éstos, abandonados por las potencias y en vista de las grandes fuerzas acumuladas en Tracia por Turquía, no han tenido más remedio que ceder, pagando así el error grandísimo que cometieron al encender la segunda guerra balcánica contra sus antiguos aliados.

FUMISTERIA: CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940

Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE. DUSSE**, 4, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN